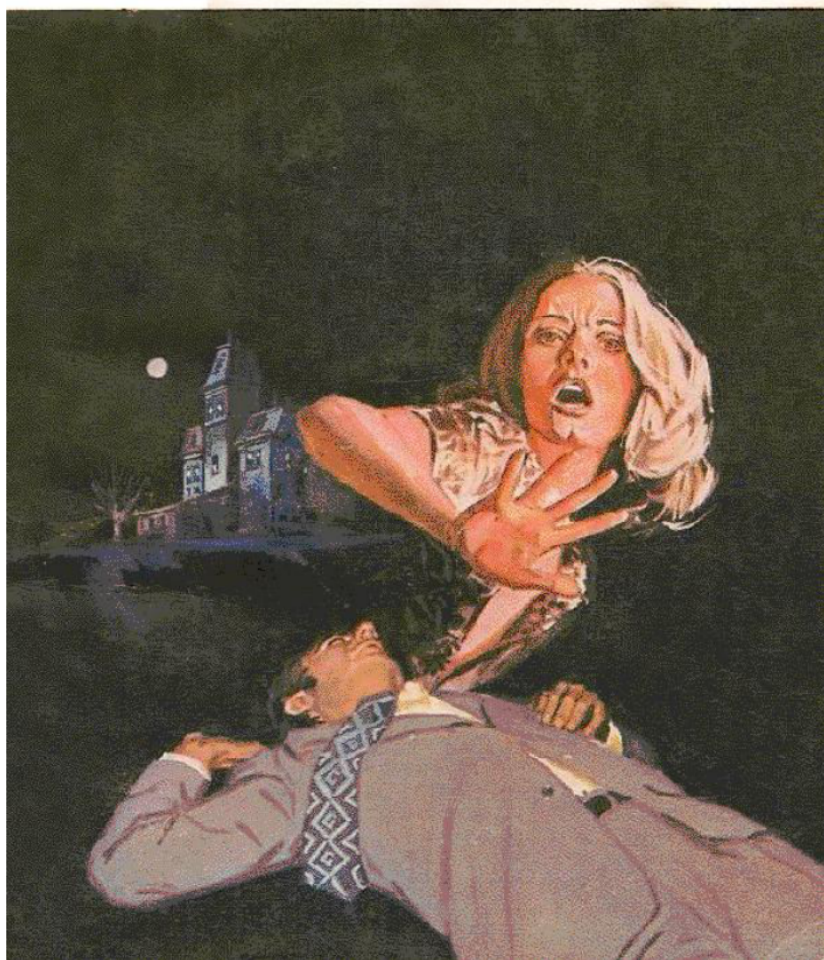


BOLSEROS BOLIGERA
PUNTO
ROJO

plegaria de un moribundo

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

KEITH LUGER

PLEGARIA DE UN MORIBUNDO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 728
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 7.828 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1976

© Keith Luger, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Jeanne Reynolds contempló el cielo a través de la ventana. Estaba cubierto por gruesas nubes, pero, de todas formas, iría al desfile de modelos con su amiga Pascale Andrié.

Habían acordado que ella, Jeanne, pasaría por Pascale. Ya era hora de que dejase de pintar aquel cuadro.

Se acercó al caballete y contempló su obra.

No, no le gustaba. Su psiquiatra se lo había dicho, «estaba por hacer eclosión su espíritu rebelde que había burbujeado del manantial de su niñez».

En realidad, ella no había entendido nada de aquella palabrería del doctor Johnson, pero la frase había quedado muy mona, y por eso la grabó en la mente. Sí, bien mirado, aquel lienzo en que había ortigas blancas, ortigas azules y ortigas rojas sobre un campo marrón, y árboles de color granate, podía deberse a eso, a la falta de eclosión.

Pero ella necesitaba un hombre, lo creyese o no el doctor Johnson... ¿Y si el psiquiatra había querido decir eso? Los psiquiatras tenían una extraña forma de llegar a sus conclusiones.

De pronto, sonó el timbre del teléfono.

—¿Sí? —dijo a través del auricular.

—Querida, soy yo, Pascale.

—Hola, Pascale, me disponía a meterme en el baño para quitarme el resto de pintura.

—¿Se te ha ocurrido pintar la casa?

—Pascale, ese chiste te costará un mordisco en la oreja.

—Quería alegrarte un poco.

—Sólo has conseguido entristecerme al juzgar así a una futura pintora por cuyos lienzos se llegarán a ofrecer cifras astronómicas.

—Lo siento, Jeanne.

—¿Sientes que vaya a ser famosa?

—Oh, no, no me refería a eso ahora, sino a nuestra cita. No puedo ir contigo al desfile de modelos de Yves Lorient.

—Comprendo, va a llover.

—No, ése no es el motivo...

—¿Cómo se llama?

—Pierre, y es maravilloso...

—Está bien, Pascale, te deseo una larga aventura con él.

—Eres muy amable, Jeanne, pero si es corta no seré yo la responsable. Besos, querida.

Jeanne dio un suspiro y colgó el auricular.

Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, donde cruzó los brazos.

En aquel momento las nubes empezaron a soltar agua.

Sí, estaba lloviendo, lo cual era un éxito más que se debía apuntar el hombre del tiempo, el cual había dicho por la TV, el día anterior, que los parisinos disfrutarían de un sol radiante durante las próximas veinticuatro horas.

Bueno, ¿qué hacía ahora? ¿Continuaba su obra de arte por si se producía la eclosión, o sería mucho mejor ir a la caza del hombre?

Sonó otra vez el timbre del teléfono. Quizá era Pascale para pedirle uno de sus vestidos, o un par de zapatos, o el broche de brillantes que le había regalado su padre cuando dos meses antes celebró el veintitrés aniversario de su llegada al mundo.

—¿Sí?

—Hija, ¿cómo estás?

No, no era Pascale. Era su padre.

—¿Dónde estás, papá?

—En Londres.

—¿Qué has venido a hacer por Europa?

—Trato de colocar mis pollos congelados. Las cosas se han puesto feas... ¿Por qué los europeos han de criar sus propias aves? Debían de dejarnos a nosotros los americanos y les resultaría mucho más barato.

—Tú sabes lo puntillosos que son los continentales, papá. Se han propuesto hasta fabricar una bomba de hidrógeno, aunque les cueste trescientas veces más cara que a nosotros...

—Hablemos de ti, Jeanne. ¿Cuánto tiempo vas a seguir en París?

—No lo sé, papá.

—Querida, ¿no crees que ya tuviste bastante con un año? ¿No aprendiste todavía a pintar?

—Sí, papá, mucho.

—Te propongo una cosa. Compraré una galería de arte y expondrás en ella. Naturalmente, convocaré a los mejores críticos y celebraremos una fiesta por todo lo alto... —Papá... Ya estoy viendo que les darás pollo.

—Hablabas en serio.

—Y yo también, papá. Te dije que un artista no se puede imponer por el dinero que tengan sus padres... Algunos de mis amigos, en Nueva York, me lo echaron en cara. Yo tenía dinero y por eso hablarían de mí todos los críticos. Quise demostrarles que se equivocaban.

—Sé lo demás, hija. Fuiste a Francia como una desconocida. Rechazaste las amistades que yo logré a través de muchos años de relaciones con los franceses...

—Papá, estoy satisfecha de mi decisión.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy.

—Noto cierta decepción en tu voz.

—Es el día, aquí está lloviendo.

—Aquí también, hija. Es Londres... No podré llegarme a París, he de regresar en seguida granja.

—Papá, te quiero mucho.

—Eso ya lo sé. Pero ¿de qué me sirve si no te tengo a mi lado? Al menos, me debías permitir que te enviase mil dólares en lugar de quinientos.

—Oh, no, eso sería una falta contra mi moral.

—Eres testaruda como tu madre, que Dios tenga en su gloria. Está bien, Jeanne, si no sé nada de ti, iré a verte en primavera, y entonces ya habrá terminado el plazo que te concedí. Si no has tenido éxito, volverás a Nueva York.

—Sí, papá, no hace falta que me lo recuerdes. Dos años en París, y si no triunfaba regresaría al hogar. Naturalmente, mantengo mi palabra.

—Mucha suerte, hija.

—Gracias, papá, sobre todo, por jugar limpio... Jeanne dejó el auricular en la horquilla.

Un relámpago cruzó el firmamento.

Se acercó nuevamente a la ventana.

Cada vez llovía con más intensidad.

Muy bien, se quedaría en casa. Despacharía unas cuantas latas de conserva, bebería una taza de café y a dormir. Eso sería lo mejor.

Nuevamente sonó el timbre del teléfono.

¿Qué pasaba aquella noche?

Oyó a la otra parte una voz chillona.

—¿Eres tú, Jeanne?

—Sí.

—Soy Daniel.

No habría hecho falta que se identificase. Conocía bien la voz de Daniel Meyer y su estilo peculiar de dar chillidos cuando hablaba por teléfono.

—¿Cómo estás, Jeanne?

—De primera. ¿Y tú?

—Estaba haciendo un trabajo y lo interrumpí diciéndome que también un hombre tiene derecho a divertirse.

Daniel era delineante de una firma dedicada a la fabricación de aviones, y además, soltero. Cada dos o tres semanas, Daniel la llamaba por teléfono para invitarla a cenar. Jeanne había aceptado unas cuantas veces, aunque Daniel solo ocupaba en su corazón el puesto del hermano que nunca había tenido.

Pero Daniel no pensaba lo mismo a ese respecto, estaba segura.

—Pasaré dentro de media hora por ti, querida.

—Lo siento, Dan, pero he de terminar un cuadro.

—Ya lo acabarás mañana.

—Agradezco mucho que te hayas acordado de mí, Daniel, pero prefiero quedarme en casa.

—Oye, te vas a arreglar en seguida. Dentro de media hora llegaré ahí con mi coche, y no te admitiré ninguna excusa.

Colgó antes de que Jeanne pudiese replicar.

Bueno, ¿por qué no? Quizá Daniel la divirtiese.

Necesitaba tomar un baño caliente.

Eso estaba haciendo cuando sonó el timbre de la puerta.

No podía ser Daniel. Sólo habían pasado diez minutos desde que hablaron por teléfono.

Salió del baño y se cubrió con un albornoz. No se quitó el gorro

de plástico.

Cruzó el *living* y abrió la puerta.

Apoyado en el marco vio a un hombre. Su cara estaba muy pálida, y era de facciones angulosas, ojos negros que brillaban de un modo especial. Se cubría con una gabardina oscura y sombrero de fieltro.

—Buenas noches, señorita —balbuceó, y entró en la casa pasando junto a Jeanne.

—Eh, usted, ¿quién es...?

El desconocido se tambaleó mirando a todos los lados de la habitación. Giró bruscamente fruncido el ceño... Jeanne había cerrado la puerta.

—¿Qué le pasa? ¿Está borracho? Le pregunté quién es...

—Su vecino... Fournier... *Bungalow* 84.

—Éste es el *bungalow* 82.

Fournier puso los ojos vidriosos y empezó a caer.

Jeanne trató de sujetarlo por el brazo, pero no pudo llegar a tiempo, y su visitante se derrumbó sobre una piel de oso.

Jeanne dio un gritito.

—¡Señor Fournier! ¿Qué le pasa?

Su vecino estaba tendido boca abajo, inmóvil.

Jeanne se puso de rodillas y se cerró el albornoz porque el escote se le había abierto hasta el estómago. Lo aseguró subiéndose un poco el cinturón.

Jeanne pensó que el señor Fournier estaría borracho.

Fue a darle la vuelta poniéndole la mano en un costado, y de pronto notó que tocaba algo húmedo. Retiró la mano y lanzó un grito al ver la palma y los dedos manchados de sangre.

—Señor Fournier, está herido —dijo.

Pero Fournier no la podía escuchar.

Le dio la vuelta con cuidado. La sangre estaba manchando la piel de oso.

Jeanne fue presa del nerviosismo. ¿Qué se hacía primero? ¿Se avisaba a la policía o al hospital?

Bueno, haría las dos cosas, pero ¿qué número marcaría primero?

Se decidió por el hospital. Aquel hombre necesitaba con más urgencia los cuidados de un doctor que los de la policía.

Se puso en pie y corrió hacia el teléfono.

Marcó «Información» y preguntó a una señorita el número de un hospital cercano adonde ella residía. La telefonista le contestó que el hospital más próximo era el de Saint Marie y le dio el número.

—Señorita, un mensaje urgente... Hay un hombre herido grave en mi casa.

La señorita le preguntó por su dirección y ella se la dio.

—Señorita, quisiera llamar a la policía...

La señorita también le dio el número de la policía.

Jeanne marcó el número en el dial.

—¿Oiga, policía? Soy Jeanne Reynolds... Hay un hombre herido en mi casa, creo que muy grave... No sé si lo hirieron con pistola o con cuchillo... Por favor, vengan en seguida, ya avisé al hospital... —repitió su dirección.

De pronto oye a su espalda la voz de Fournier.

Ya había terminado de dar su mensaje a la policía y acudió junto a Fournier. Tenía los ojos semicerrados y sus labios se movían recitando algo con voz monocorde.

—¿Me oye, señorita? —dijo de pronto.

—¿El qué?

—Acerque su oreja a mi boca... No tengo fuerzas... Me abandonan... Me muero...

Jeanne, arrodillada sobre Fournier, acercó su oreja a la boca del moribundo.

—¿Quién midió... las aguas... con su puño, y aderezó los cielos con su palmo...?

—¿Cómo dice, señor Fournier? No le entiendo.

—¿... Y con tres dedos allegó el polvo de la tierra... y pesó los montes con balanza... y con peso los collados?

—Señor Fournier, ¿qué dice?

—... Y pesó los montes con balanza y con peso los collados...

—Señor Fournier, está desvariando... Por favor, vuelva en sí... ¿Quién lo hirió? Es lo importante... Dígame quién lo hirió.

Fournier exhaló el aire por entre los dientes y dobló la cabeza a un lado.

Jeanne lo miró sintiendo que por sus venas corría sangre helada.

Puso su mano sobre el pecho de Fournier. No, ya el corazón había dejado de latir. Se apartó del cadáver.

Se metió en su dormitorio, se despojó del albornoz e invirtió

unos minutos en vestirse. Luego se peinó. Estaba muy pálida, pero eso era lógico. Nunca le había ocurrido nada parecido a aquello. No, ella no conocía a Paul Fournier, aunque era su vecino. Había alquilado aquel *bungalow* el mes anterior. Antes vivió en una pensión hasta que decidió abandonar la vida de Saint-Germain-des-Prés. Al principio había encontrado aquella existencia interesante, pero luego se dio cuenta de que la mayoría de sus compañeros jamás harían una obra artística, ya fuesen pintores, novelistas o poetas. Para realizar una obra digna, uno tenía que apartarse de aquella vida, encerrarse en su casa y trabajar sin descanso, exigirse a sí mismo mucho más de lo que cualquier otro le pudiese exigir...

Sonó de nuevo el timbre de la puerta.

Ya estaban allí. ¿Quiénes serían? ¿Los del hospital O la policía? Bueno, quizá viniesen juntos.

Salió del dormitorio y se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo de repente. No quiso dar crédito a sus ojos. En el *living* no había nadie. El cadáver de Fournier había desaparecido.

CAPÍTULO II

Jeanne miró a sus espaldas, esperando encontrar el cadáver, pero se dio cuenta de que un muerto no podía andar, ni cambiar de sitio, por sí mismo.

El timbre de la puerta sonó otra vez.

Acudió a abrir.

—Buenas noches, señorita.

El hombre que se dirigía a ella frisaba en los 45 años de edad, y era de mediana estatura y bigote espeso, ojos de mirada triste.

—Soy el inspector Lefebre.

No venía solo. Le acompañaban dos policías más jóvenes.

Un par de enfermeros estaban entrando en el jardín con una camilla.

—Todos llegamos al mismo tiempo —dijo el inspector Lefebre con una sonrisa—. ¿Puedo hablar con el moribundo? —Ya no puede, está muerto.

—Murió, ¿en?

—Sí, señor.

—Con su permiso.

Jeanne se dio cuenta de que estaba bloqueando la puerta.

—Desde luego, puede pasar.

Entraron en la estancia el inspector, los dos hombres que lo acompañaban y los enfermeros con la camilla.

—¿Dónde está el cadáver, señorita? —preguntó el inspector Lefebre.

—Se marchó.

El inspector enarcó las cejas y se atusó el bigote por el lado izquierdo. Luego volvió la cabeza y miró a sus dos subordinados. Uno de ellos tenía el pelo castaño y el otro pelirrojo.

El primero tenía la boca abierta y el segundo torcía los labios.

Los dos enfermeros se habían quedado de piedra.

El inspector carraspeó.

—Se fue, ¿eh?

—Sí... Yo entré un momento ahí dentro para vestirme...

—Comprendo, y él aprovechó su ausencia para marcharse.

—Bueno, creo que me está tomando por loca, inspector.

—Oh, no, de ninguna forma, señorita. ¿Cómo voy a pensar tal cosa de usted...?

—Naturalmente, el cadáver no se fue por su propio pie...

—Una conclusión muy sensata.

—Alguien se lo llevó.

—Oh, sí, desde luego, seguramente un sepulturero... Vio el cadáver, comprendió que no estaba en su sitio decidió llevárselo al cementerio.

—Inspector, no me gusta lo que dice ni su tono de voz. Continúa pensando que no estoy en mi sano juicio.

—Señorita, ¿hablamos con un poco de lógica?

—Yo estoy hablando con lógica desde el principio.

—Confiese que se trata de una broma, usted estaba muy aburrida, hace una hora muy mala, está lloviendo, y su marido se fue con otra...

—No tengo marido.

—Su novio.

—Tampoco tengo novio.

—Bueno, eso explica por qué estaba aburrida.

—¿Y qué más, señor inspector?

—Es la mar de sencillo. Usted inventó esa historia... Quería divertirse, distraerse un poco. Usted debió leer lo que contaron los diarios la semana pasada. Alguien hizo una llamada a la policía anunciando que iba a volar la torre Eiffel a las doce en punto de la noche. Eso obligó a que varios centenares de policías se preocupasen de examinar la torre Eiffel desde arriba a abajo. Al día siguiente, se recibió otra llamada del mismo caballero para anunciarnos que se había divertido mucho la noche anterior... en la torre Eiffel.

—No acostumbro a gastar bromas pesadas. Le repito que mi historia es verdadera. SI señor Fournier hizo sonar el timbre de la puerta y yo tuve que salir del baño para abrirle.

Naturalmente, me puse un albornoz..., El estaba apoyado en el

marco...

Observó la cara de sus oyentes. Todas reflejaban el más profundo escepticismo.

—¿Es que no me creen? Cayó ahí...

El inspector miró la alfombra.

—Usted dijo que él estaba herido... Aquí no hay rastro de sangre.

—Cayó sobre una piel de oso.

El inspector miró el lugar que ella señalaba.

—Oh, sí, ya lo comprendo —dijo el inspector—. El oso estaba vivo y echó a correr con el muerto encima.

—No diga tonterías, inspector. Debieron envolver al muerto con la piel de oso.

—Claro que sí, inspector —intervino el policía rubio—. El oso se llevó el muerto puesto.

—Eh, ¿quién es este loco? —dijo Jeanne.

—No le haga caso y continúe su historia, es la mar de interesante.

—Ya hay muy poco que contar... El muerto quería agua. Me la pidió mientras telefoneaba al hospital. Le di el agua y luego dijo que quería informarme de algo...

—¿Y la informó?

—Sí, desde luego.

—Estupendo, por fin vamos a oír algo con pies y cabeza. ¿Qué fue lo que le dijo el muerto?

—Espere, tengo que hacer un poco de memoria.

—¿Memoria? ¿Para qué?

—Para recordarlo, naturalmente —la joven alzó la barbilla y cerró los ojos hablando consigo misma. De pronto chascó los dedos—. Ya lo tengo, aunque, resulta un poco difícil repetirlo palabra por palabra. Pero tengo buena memoria, no creo que me equivoque mucho...

—Señorita, estamos esperando el mensaje que le transmitió el moribundo... —¿Quién midió las aguas con su puño?

—Eso. ¿Quién?

—Inspector, le estoy repitiendo lo que dijo el señor Fournier.

El inspector sacudió la cabeza.

—Sí, perdone que la haya interrumpido, señorita —apretó los

dientes—. Ande, continúe.

—¿Quién midió las aguas con su puño y aderezó los cielos con su palmo, y con tres dedos allegó el polvo de la tierra?

—¿Cómo sigue...?

—Oh, se me ha olvidado el final...

—Nos sobra con el principio, señorita Reynolds.

—Le aseguro que fueron unas palabras muy hermosas.

—Hermosísimas, para que uno las apunte en la cabecera de la cama.

En aquel momento entró en la casa Daniel Meyer.

—Hola, muchachos —saludó—. Eh, Jeanne, ¿por qué no me dijiste que habías organizado un guateque?

Daniel frisaba en los 35 años de edad y era alto, carirredondo, pelo negro cortado al cepillo. Decía que era propenso a engordar, por lo cual todos los días iba al gimnasio donde aprendía judo.

—Daniel, contesta rápido a una pregunta... —dijo Jeanne.

—Brigitte Bardot no se casará con Bob Zagury.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No se trata de un concurso...?

—La pregunta es mucho más simple —la joven hizo una pausa—. ¿Estoy yo loca?

Daniel se puso a parpadear, miró a los dos enfermeros que había a su espalda y se le erizó el vello del cogote.

—Jeanne, ¿qué has hecho?

—He matado a un hombre... Sólo quiero decir que me visitó un muerto... Oh, otra vez...

—Cariño, tú estás muy bien, quiero decir que estás sana... ¿No salta a la vista, señores? Eh, ¿quiénes son?

—El inspector Lefebre y dos agentes.

—No hace falta que me presentes a los otros. Se ve en seguida. Son dos loqueros.

—No son eso, Daniel, sólo enfermeros que vinieron a por el muerto.

Daniel Meyer miró en su derredor.

—¿A quién mataste, Jeanne? Quiero decir, ¿qué muerto te visitó?

—Daniel, calla, o lo estropearás mucho más.

El inspector carraspeó.

—Señorita, he tenido mucha paciencia para escucharla —sonrió de dientes afuera—. Sus explicaciones han sido muy poco convincentes, pero me temo que ya no puedo escucharla más.

—¿Quiere decir que se va a marchar?

—Sí, señorita. Mis subordinados y yo nos marchamos. ¿Y sabe por qué? Porque, con toda seguridad, nos necesitarán en otra parte, en un lugar donde quizá haya un muerto.

—¿Es que se van a ir sin hacer ninguna comprobación?

—Está bien, señorita —cabeceó el inspector—. Pierre, Leonard, echad un vistazo por la casa.

Los dos agentes registraron las otras habitaciones, y al cabo de un minuto, regresaron al *living*. Los dos movieron la cabeza en sentido negativo.

—¿Está satisfecha, señorita Reynolds? —dijo el inspector Lefebre.

—Pero ¿es que con eso ha terminado todo? No era necesario que sus hombres registrasen mi casa... Yo sabía que el muerto ya no estaba aquí. Si se molestaron en envolverlo en la piel de oso, fue para llevárselo, no para dejarlo en otra habitación.

—Señorita Reynolds, tomar el pelo a la policía es una falta grave en Francia. Esto le podría acarrear serias consecuencias, pero no queremos que diga en su país que no somos unos caballeros. Se lo pasaré por alto, pero una vez nada más. ¿Lo oye? A la próxima que intente algo parecido, le prometo que...

—Inspector, puede hacer una comprobación estupenda, la mejor de todas.

Lefebre dio un suspiro.

—¿Cuál es su nueva idea, señorita Reynolds?

—Fournier era mi vecino, el *bungalow* siguiente, el número 84... Hemos de ir allí, y usted podrá verificar que el señor Fournier no está en su casa y, suponiendo que esté, lo encontrará muerto.

El inspector titubeó unos instantes, y por último, dijo:

—Está bien, iremos a casa de su vecino, ya que está tan cerca. Usted puede quedarse si quiere, señorita.

—De ninguna manera. Yo también voy con ustedes.

—¿Y yo? —dijo Daniel Meyer—. ¿Qué hago yo?

Nadie le dijo nada, por lo cual decidió también unirse al grupo.

Había dejado de llover.

El inspector habló con los enfermeros. Les dijo que esperasen junto a la ambulancia, por si eran necesarios sus servicios. Luego, los tres policías, Jeanne y Daniel caminaron hacia la casa número 84.

La verja del *bungalow* estaba abierta y, después de cruzar el jardín, la comitiva subió al porche.

El inspector Lefebre apretó el timbre de la puerta.

Hubo un silencio.

La joven cruzó los brazos y levantó la barbilla con aire satisfecho.

—No abrirá.

—¿Por qué no?

—¿Cómo quiere que le abra un muerto?

El inspector fue a decir algo, pero cerró la boca como un cepo y pulsó otra vez el timbre.

—Será mejor que ordene a sus hombres que descerrajen la puerta —sugirió Jeanne.

El pelirrojo de ojos saltones dijo:

—Eh, inspector, ¿quiere que violentemos una ventana? Será bastante para que yo pueda entrar.

Pero en ese momento se abrió la puerta.

Jeanne tuvo la sensación de que el corazón se le paralizaba. El hombre que estaba allí delante era el mismo Paul Fournier que ella había recibido en su casa.

—Eh, señor Fournier, ¿qué hace ahí levantado? Se puede morir de un momento a otro... Oh, pero si no puede ser, ya está muerto...

Fournier, que se cubría con un batín de color azul celeste, bajo el que se veía la camisa blanca, impoluta, sonrió con las manos en los bolsillos.

—Perdón, ¿puedo preguntar qué significa todo esto?

—Soy el inspector Lefebre de la Policía Judicial —dijo el policía enseñando su credencial—. ¿Es usted Fournier?

—Desde luego. Paul Fournier.

La joven levantó el brazo.

—Es él, inspector, el hombre que llegó a mi casa moribundo, el que me pidió agua, el que me contó todo aquello de la persona que había medido las aguas con el puño.

—Por favor, señorita, ¿quiere calmarse? —dijo Lefebre

pretendiendo ser amable, cosa que indudablemente le costaba mucho trabajo—. El señor Fournier está aquí para contestar a mis preguntas.

—¿Sus preguntas? —repitió Fournier—. No comprendo nada, pero no se queden ahí. Si va a haber interrogatorio, será mejor que entren en mi casa.

—No faltaba más —exclamó Jeanne—. Claro que entraremos. Quiero que me devuelva mi piel de oso.

—¿Su piel de oso, señorita?

—La que se llevó de mi casa cuando salió de allí muerto.

La joven entró impetuosamente en el *living*.

Fournier miró ceñudo a Lefebre.

—Eh, inspector, ¿quién es la muchacha?

—¿No la conoce?

—Claro que no. Es la primera vez que la veo.

—Pues vive muy cerca de usted, en la casa de al lado.

—Oh, sí, creo que ahora recuerdo haberla visto un par de veces...

La joven había escuchado la conversación y giró en el centro de la estancia, cerca de una mesa ratonera.

—Es usted un cínico, señor Fournier, y le exijo que termine de una vez con esta broma pesada.

—¿Qué broma pesada?

—¿Va a negar que vino a mi casa a pedirme ayuda hace poco más de media hora? Se tambaleó... Sí, estaba herido. Y le diré también cómo iba vestido. Con una gabardina color gris con cinturón y sombrero de fieltro... Lo hirieron en un costado. Yo le puse la mano allí cuando cayó sobre mi piel de oso... Estaba a punto de morir porque era un agonizante.

Fournier sonrió y se puso a aplaudir.

—Bravo, señorita, lo ha hecho muy bien.

—¿Qué es lo que he hecho muy bien?

—Imagino que esta escena dramática tendrá algún objeto... Pero no alcanzo a comprender cuál es.

—¿Niega entonces que estuvo en mi casa?

—Perdón, señorita, le diré lo que hice esta tarde. He escrito dos capítulos de la novela que debo entregar antes de un mes a mi editor.

El inspector Lefebre intervino.

—¿Qué clase de novelas escribe?

—Novelas de amor que tienen por marco un ambiente histórico... ¿De verdad no ha leído ninguna de mis novelas, inspector?

—Perdone, en la policía tenemos muy poco tiempo para leer, ya sabe, sólo el periódico... Y cuando hay alguna posibilidad de sumergirse en los libros, me inclino por los clásicos, Balzac, Rabelais, Corneille... Entonces, ¿no salió de casa?

—En absoluto.

—¿Está usted solo?

—Desde luego. Naturalmente, puede registrar la casa, inspector.

—Con su permiso, aunque debo decirle que en este momento sólo buscamos una piel de oso... Quiero que la señorita Reynolds se marche de aquí tranquila.

—Oh, sí, inspector, eso es muy importante, que la señorita Reynolds calme sus nervios.

La joven saltó.

—¿Quién está nerviosa?

Daniel Meyer la tomó por un brazo.

—Querida, será mejor que nos marchemos.

Cállate, Daniel.

Los dos policías, el rubio y el pelirrojo, reaparecieron después de haber girado una visita por las habitaciones.

—Lo siento, inspector —dijo el primero—, pero en este bosque no encontramos ningún oso.

Jeanne dio un paso hacia Fournier.

—¿Dónde la metió?

—Le ruego me disculpe, señorita, pero todo cuanto ha dicho es absolutamente incomprensible para mí... Yo jamás estuve en su casa y, por tanto, no he podido traerme aquí nada que le pertenezca. De todas formas, si encuentra algo que es suyo puede decirlo.

—Muy gracioso.

El inspector Lefebre carraspeó.

—Señor Fournier, le presento mis disculpas.

—No se preocupe, sé que la policía está obligada a comprobar cualquier denuncia que se le presente...

—¿Nos vamos ya, señorita Reynolds? —dijo Lefebre.

La joven apretó los labios con fuerza, dio media vuelta y salió de la casa.

Daniel fue tras de ella.

—Cariño, nos iremos ahora mismo a cenar, bailaremos un poco, beberemos champaña, y ya verás cómo te sientes mejor.

Ella se detuvo.

—Daniel, nunca me he sentido tan bien.

—Caramba, pues lo disimulas un poco.

—Señorita Reynolds —dijo el inspector Lefebre acercándose a la joven.

—¿Qué quiere, inspector?

—Sólo hacerle una pregunta. ¿Da por zanjado este incidente?

—De modo que para usted es un incidente...

—Provocado por usted, naturalmente, señorita Reynolds...

—Supongo que eso del incidente tendrá relación con las últimas palabras que ha cambiado con el señor Fournier.

—Sí, me ha dicho que necesita tranquilidad para realizar su trabajo, y que lamentaría mucho que usted volviese a reincidir. Se refirió a que quizá, en cualquier momento, usted podría decirnos que lo ha visto entrar por una ventana de su dormitorio con un cuchillo en la mano para matarla.

—Conque eso va a hacer para silenciarme.

El inspector se pasó una mano por la cara.

—Señorita Reynolds, el señor Fournier lo decía a título de ejemplo.

—Puede estar tranquilo, inspector, no volveré a molestar al señor Fournier.

Lefebre esbozó una sonrisa.

—Gracias, señorita Reynolds. Esto está mejor... Vamos, muchachos.

El inspector y sus hombres caminaron hacia un coche negro, estacionado delante de la ambulancia.

—Eh, inspector Lefebre —exclamó Jeanne.

El policía se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Sí, señorita Reynolds?

—¿Quién me va a devolver mi piel de oso?

El inspector exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—Me preocuparé de eso, señorita Reynolds, y si aparece, puede tener la seguridad de que le será devuelta.

Pero lo dijo en un tono sarcástico, como si sospechase que jamás había existido aquella piel.

El inspector habló con los enfermeros. La ambulancia y, a continuación, el auto negro de la policía, se marcharon de allí a toda velocidad.

La joven entró en su *bungalow* seguida de Meyer, el cual cerró la puerta y se frotó las manos.

—Bueno, al fin todo acabó.

—¿Qué es eso de que acabó? —exclamó Jeanne enfrentándose con él.

Daniel continuó sonriendo, aunque ahora de muy mala gana.

—Puedo contarte lo que pasó, Jeanne —dijo con voz débil—. ¿Sí? Anda, cuéntalo.

—Te dormiste después que yo te llamé y te pusiste a soñar.

—Comprendo, soñé que entraba en mi casa un hombre herido, que caía ahí encima de la piel de oso... ¿O me vas a decir que tampoco he tenido yo una piel de oso?

—Disculpa, Jeanne, pero yo nunca vi una piel de oso.

—Claro que no la viste. La compré anteayer. Y si te quieres comportar como un policía, te puedo decir la tienda de donde la saqué.

—Basta tu palabra.

—No, no basta mi palabra. Sigues pensando que todo fue un sueño.

—¿Por qué no? ¿Qué es la vida sino un sueño...?

—No seas cursi, Daniel.

—Anda, querida, termina de arreglarte y cenemos juntos. Te llevaré a un lugar que todavía no conoces.

Pero Jeanne no le hacía caso, paseaba pensativa. Al fin habló como si lo hiciese consigo misma.

—El Paul Fournier que entró aquí estaba medio muerto. Yo le di agua, le puse la mano en el corazón... Estaba moribundo... No puede haber resucitado —se detuvo repitiendo sus palabras más lentamente—. No puede haber resucitado... ¡Daniel!

El joven que escuchaba a Jeanne con un temor creciente, dio un respingo.

—¿Ya ves otra vez al muerto? —Dio una vuelta a su alrededor mirando a un lado y otro de la estancia.

—No seas estúpido. Claro que no está aquí el muerto...

—¿Entonces...?

—He llegado a la única conclusión válida. Son dos personas, aunque se parecen una a otra como dos gotas de agua.

—¿Cómo?

—No existe otra explicación, Daniel... Espérame aquí.

—En, ¿adónde vas?

—¿No lo has comprendido? Es la mar de fácil. El hombre que entró aquí y se murió en mis brazos era uno y el que hemos visto en casa de Paul Fournier es otro... Son dos personas distintas, aunque se parecen enormemente... Y uno de ellos está muerto... Hasta puede ocurrir que el difunto sea el auténtico Paul Fournier y que el que nosotros vimos en el *bungalow* 84 sea un farsante.

Daniel hizo una mueca compungida.

—Cariño, ¿es que no vas a dejar eso?

—Claro que no lo voy a dejar. ¿O también piensas como ellos, que no estoy en mi sano juicio?... Pero, Jeanne, todo esto es un lío tremendo... y a mí me produce dolor de cabeza. —Te lo acabo de explicar. No es ningún lío. Se trata de dos hermanos gemelos.

—¿Qué?

—Está claro como el agua: el señor Fournier tiene un hermano gemelo. Uno de ellos murió aquí.

—¿De dónde has sacado eso?

Jeanne se armó de paciencia, como si estuviese hablando con un niño pequeño.

—No existe otra explicación, Daniel... Espérame aquí.

—Eh, ¿adónde vas?

—A preguntar al señor Fournier por su hermano gemelo.

—¡Detente, Jeanne! ¡No puedes hacer eso!

—¿Por qué no? —dijo Jeanne cerca de la puerta.

—Prometiste al inspector que no molestarías al señor Fournier.

—¿Quién lo va a molestar? Se trata de hacerle una pregunta sencilla.

—Creo que vas a complicar más las cosas, Jeanne... Por favor, échate el abrigo encima y salgamos de una vez de aquí.

—Sólo nos iremos cuando haya hablado con Fournier acerca de

su hermano gemelo.

Daniel echó a andar tras la joven.

—Está bien, haremos otra vez el ridículo.

—Lo haré yo sola. Tú te quedas.

Jeanne abrió la puerta y cerró con fuerza desde el porche, encaminándose con paso rápido hacia el *bungalow* número 84.

CAPÍTULO III

Jeanne apretó el timbre de la puerta.

Transcurrieron unos segundos y Paul Fournier le abrió.

Los ojos de Fournier la miraron con una lucecilla de interés.

—¿Otra vez aquí, señorita?

—Sí, aquí me tiene.

—¿Quizá no se dio por convencida respecto a su piel de oso y quiere comprobar por sí misma que no está en mi casa?

—¿Puedo entrar?

—Si se va en seguida...

—Oh, sí, no tengo interés de permanecer en su casa más tiempo del necesario.

Jeanne entró en el *living*.

—Sólo he venido a hablarle de un aspecto de la cuestión que se me ha ocurrido después.

—¿Qué aspecto de la cuestión es ése?

—Su hermano gemelo.

—¿Cómo?

—Usted, tiene un hermano gemelo.

Fournier sonrió.

—¿Ha estado indagando mi vida?

—¿Tiene o no un hermano gemelo?

—Sí, lo tengo.

—Lo sabía —exclamó triunfalmente la joven.

—¿Quién se lo dijo?

—Pura deducción.

—Es usted admirable, señorita Reynolds, pero no me impresiona.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que usted nos vio juntos la semana pasada. Ferdinand estuvo aquí y recuerdo que salimos al jardín. Naturalmente, usted nos

espió desde su casa.

—Se equivoca, no los vi. Ignoraba que tuviese un hermano gemelo. Lo he deducido teniendo en cuenta que uno de ustedes dos ha de estar muerto.

—Al parecer, también eso es una deducción.

—No, señor Fournier, eso es una certeza.

Paul se dirigió hacia un mueble bar.

Paul escanció *whisky* en su vaso. Bebió un trago y luego, acariciando su copa, preguntó:

—¿Ha comentado con alguien su sospecha acerca de mi hermano?

—Sí.

—¿Quizá con el joven que la acompañaba?...

—Sí... Ya sé lo que está pensando. Asesinarme porque he descubierto su secreto. Pero será mejor que abandone la idea. Ese joven, como usted lo llama, me está esperando en mi *bungalow*.

—Ya veo que tomó sus precauciones. Pero debo decirle que se equivoca nuevamente, señorita Reynolds. No pretendo hacerle daño, ni mucho menos asesinarla.

—Entonces déme una explicación para lo que ocurrió en mi *bungalow* esta noche.

—No comprendo nada.

—¿Cuál de los dos es Paul Fournier?

—Yo soy Paul Fournier.

Entonces el muerto es Ferdinand.

—Ninguno de los dos hemos muerto, señorita.

—¿Vive en París su hermano?

—No.

—Oh, sí, ahora me va a decir que se marchó a Nueva Caledonia siendo muy niño y que le ha perdido el rastro.

—No, no le puedo decir eso. No sería verdad. Sé dónde está Ferdinand.

—¿Dónde?

—Un poco lejos de París, a unos trescientos cincuenta kilómetros. En un pueblo.

—¿Cómo se llama el pueblo?

—Villeneuve.

—¿Qué hace allí Ferdinand?

Paul se echó a reír.

—Es usted magnífica como policía, señorita. Debería hacer oposiciones al cuerpo femenino.

—Quizá me anime a hacerlo..., después que haya descubierto este enredo.

—Aquí no hay enredo, señorita Reynolds —se acercó a la joven

—. ¿Le he dicho que es muy bonita?

—No trate de halagarme, no va a conseguir nada.

—¿Qué está pensando?

—Que me va a hacer el amor para quitarme de la cabeza la idea de su hermano muerto.

—Insiste en eso, ¿eh?

—Insistiré hasta que pueda hablar con su hermano, cosa que, naturalmente, no podré hacer jamás.

—Usted podrá hablar con Ferdinand cuando quiera.

—Entonces le desafío a que me dé su dirección.

—Sólo ha de ir a Villeneuve. Mi hermano tiene allí un taller de reparaciones. Bastará que pregunte por Ferdinand Fournier para que le den la dirección. Su taller está muy cerca de la carretera de París.

—Gracias, señor Fournier, ha sido usted muy amable.

—Suerte, señorita Reynolds.

Entró en la casa y Daniel se levantó de un sillón.

—Me he servido un Martini. Estaba muy nervioso.

—Has hecho bien.

—¿Cuál fue el resultado de la entrevista?

—Tiene un hermano gemelo.

—¿Qué?

—Lo admitió, Daniel. Su hermano gemelo se llama Ferdinand y tiene un taller de reparación de automóviles en Villeneuve, justo donde me vas a llevar ahora.

—Eh, no estarás hablando en serio...

—Claro que estoy hablando en serio.

—Querida, ¿por qué no dejas de una vez eso?

—No lo dejaré hasta descubrir este misterio.

—Pero Jeanne, yo no puedo ausentarme de París, tengo que estar en mi trabajo mañana a las ocho. A las nueve he de presentar un proyecto al director de la fábrica.

—Muy bien, iré sola en mi auto.

—Oye, Jeanne, se me ocurre una idea. ¿Por qué no llamas al inspector Lefebvre, se lo cuentas todo y ya verás como él lo resuelve?

—No me hagas reír. ¿Es que no lo oíste? El inspector Lefebvre me tomó por una loca.

—Pero ellos se encargan de hacer las comprobaciones.

—Sí, y en este caso, imagino que el inspector se limitará a preguntar en los manicomios por si algún huésped femenino se escapó.

—Creo que te vas a complicar innecesariamente la vida.

—¿Cómo puedes hablar así, Daniel? Te digo que aquí murió un hombre... ¿Lo oyes? ¡Aquí, en este *living*! Y no murió de muerte natural. Fue asesinado. Luego hicieron desaparecer su cadáver envolviéndolo en mi piel de oso...

—Nena, yo te compraré dos pieles de oso... Mañana iremos a la tienda de donde la sacaste...

—Podrías ganarte la vida en el circo mejor que como delineante.

La joven entró en su dormitorio y salió con un abrigo sobre los hombros y con un pequeño maletín.

Daniel corrió hacia ella y la tomó de la mano.

—Jeanne, espera a mañana. Pediré permiso en la fábrica y te llevaré por la tarde a Villeneuve.

—De ninguna manera. Yo voy ahora.

La joven salió de la casa con Daniel, apagó la luz y cerró la puerta con llave.

Daniel trató de disuadirla de nuevo mientras caminaban hacia la cochera, Pero Jeanne entró en su auto, un «Dauphine», y puso el motor en marcha.

—Hasta la vista, Daniel.

Daniel se quedó en la calle rezongando.

Jeanne se detuvo en una estación de servicio. Mientras le llenaban el tanque de gasolina, consultó el mapa. Pronto halló el pueblo de Villeneuve y se puso en camino. Otra vez había empezado a llover.

Nunca le había gustado viajar de noche, pero, en este caso, las circunstancias la obligaban a no perder un solo minuto.

Al cabo de dos horas de viaje empezó a sentir sueño.

Trató de vencerlo, pero le fue imposible. Se dijo que, si llegaba

durante la madrugada a Villeneuve, no habría adelantado nada, puesto que no sería momento para preguntar por el negocio de Ferdinand Fournier y, aunque diese con el taller, tendría que esperar a que abriese las puertas.

Vio las luces del anuncio de un motel. Se llamaba Françoise. En el registro fue atendida por un hombre calvo, sobre cuya ganchuda nariz cabalgaban unos lentes de alta graduación.

Se inscribió con su nombre. Pagó el importe y recibió las llaves de la cabaña número Llegó allí con el coche. La cabaña era cómoda.

Se quitó el abrigo y lo puso en la percha.

La cabaña contaba con dos dormitorios.

Elegió el segundo, el que estaba más lejos de la puerta.

Se quitó el vestido, quedándose en combinación, y metióse en la cama.

Fuera, arreciaba la lluvia.

Comenzó a pensar otra vez en todo lo que le había pasado desde el momento en que sonó el timbre de la puerta de su *bungalow* y abrió a aquel hombre que estaba moribundo.

Recordó segundo a segundo la escena y le pareció estar oyendo aquellas palabras enigmáticas: «¿Quién midió las aguas con su puño?...». ¿Qué significado tenía?

¿Qué le había querido decir aquel hombre antes de morir?

Cielos, se preocupaba demasiado. Estaba claro que el hombre, quienquiera que fuese, Paul o Ferdinand, estaba desvariando.

De repente pensó en algo. En una plegaria. A eso sonaba.

Recitó para sí mentalmente las palabras enigma.

Le había dicho al hombre calvo del registro que la llamase a las seis de la mañana. Quería reanudar el camino en cuanto fuese de día. A las nueve estaría en Villeneuve y hablaría con Ferdinand.

Pero ¿cómo podría hablar con un hombre muerto?... Oh, no, no podría hablar con Ferdinand porque ella lo había visto morir en su casa. El otro hermano, el que vivía en el *bungalow* 84, era el novelista, Paul Fournier...

Poco a poco le fue entrando otra vez sueño.

Estaba a punto de conciliarlo cuando de pronto oyó un ruido.

Prestó atención. Era la lluvia. ¿Qué otra cosa podía ser?...

Ahora se produjo un trueno.

La tormenta se alejaba.

Seguro que con el nuevo día saldría el sol.

¿Por qué pensaba en eso ahora? ¿Para disimular su miedo?... Pero ¿por qué había de tener miedo si se encontraba a solas en la cabaña?

Cerró la puerta con llave al entrar y nadie había allí, excepto ella.

De súbito, se hizo una pregunta. ¿Y si Paul Fournier la había seguido?...

¿Por qué no? Paul Fournier no habría necesitado hacer ningún esfuerzo para saber en qué momento salía de casa, y, por otra parte, tampoco ignoraba que ella se dirigía a Villeneuve.

Oyó un chasquido.

Venía de fuera, del *living*.

Fue a gritar, pero se puso la mano en la boca. Alguien había entrado en la cabaña y estaba fuera, acercándose a la puerta.

¿Por qué estaba a oscuras? Quizá la persona que había allí escaparía al ver la rendija de luz por debajo de la puerta.

Dio vuelta, al conmutador, pero la bombilla no se encendió.

La tormenta habría dañado los postes de conducción eléctrica, pero ¿y si había sido el hombre que estaba allí fuera?...

Esperó conteniendo la respiración.

No, en el *living* no podía haber nadie. Todo había sido una ilusión de su mente obsesionada. ¿Y si lo había estado también en su *bungalow* como los policías creían?

Eso significaría que no había recibido la visita de aquel moribundo, que ningún hombre murió en sus brazos... Qué cosas absurdas se le estaban ocurriendo ahora. Todo había sido real, demasiado real. Había tocado la sangre, había escuchado la plegaria de labios del agonizante...

¿Por qué se estaba quieta? Era absurdo quedarse allí en la cama, esperando que la puerta se abriese y aquel hombre entrase en la habitación. Era Paul Fournier, que la había seguido para matarla.

Había visto una ventana.

¿Qué estás esperando, Jeanne? Lo acertaste. Es Paul Fournier. Quédate un rato más ahí y lo verás entrar, pero entonces ya habrás caído en sus manos y no podrás huir. El miedo te paralizará las piernas y hasta las cuerdas vocales. Paul Fournier sólo tendrá que poner sus manos en tu cuello y apretar, apretar...

Apartó la sábana con mucho cuidado y puso los pies desnudos en el suelo.

Se estremeció porque el piso estaba frío.

Fue a incorporarse, pero el somier crujió e interrumpió su movimiento.

Ahora estaba segura que detrás de la puerta había alguien. Podía escuchar su respiración.

Echó a andar hacia la ventana. Un paso, dos...

Tocó la pared con las manos.

Y en aquel momento se abrió la puerta a su espalda.

Se volvió lanzando el grito que había contenido en su garganta.

CAPÍTULO IV

Jeanne vio la figura de un hombre envuelta en la oscuridad.

Sus ojos brillaban como brasas.

—Salga de aquí, señor Fournier, o me pongo a gritar.

—¿Señor Fournier? ¿Quién es el señor Fournier, querida?

No, la voz de aquel hombre no era la de Paul Fournier.

El hombre dio un paso en el interior de la estancia.

—Querida, será mejor que no grites.

Jeanne sintió que se había quedado helada. Era como un témpano.

En aquel momento vino la luz.

El hombre dio un respingo.

Jeanne lo miró. Frisaba en los cuarenta años de edad y era de mediana talla, fornido, nariz chata, pómulos salientes...

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la joven.

—Ésta es la cabaña de Rita. —Es la cabaña número 7.

—Cielos, afuera no había luz y, bueno, estas condenadas cabañas son todas iguales...

Perdone, señorita, ya me voy... Siento mucho haberla asustado.

Jeanne rió, cubriéndose la boca con la mano.

—¿Lo encuentra divertido? —dijo el desconocido, con las cejas enarcadas.

—Sí, mucho.

—Lo celebro... Disculpe, señorita, pero he de marcharme. Rita me está esperando...

Jeanne oyó que la puerta se cerraba.

Rió con más fuerza. Había sido una tonta al pensar que Paul Fournier se dispusiese a matarla.

Poco después, dormía.

Sonó el timbre del teléfono.

Estaba amaneciendo.

—Señorita Reynolds —oyó la voz del encargado—. Es la hora que dijo la despertase.

—Muchas gracias.

Quince minutos más tarde reanudaba el camino hacia Villeneuve.

Ya había dejado de llover. Ahora el cielo era azul con algunas nubes grises que volaban hacia el oeste.

El sol salió en seguida.

Cuando se acercaba a Villeneuve, oyó campanadas de una iglesia.

A lo lejos vio las casas.

Antiguamente, la carretera de París entraba por el medio del pueblo, pero ahora lo rodeaba.

Preguntó a un hombre en la primera calle por donde entró.

—Oiga, busco el taller de reparación de automóviles de Ferdinand Fournier.

—Siga por aquí y luego tuerza la primera calle a la izquierda. Lo encontrará en seguida.

Oyó el golpeteo del martillo contra el metal antes de llegar al taller. Estaba situado en una explanada y había media docena de coches, que estaban allí para ser reparados.

Unos cuantos hombres con mono azul, las manos llenas de grasa, trabajaban en coches cercanos al taller.

Un hombre de unos cincuenta años salió a su encuentro.

—¿Qué le pasa a su coche?

—Todavía nada. He venido a hablar con el señor Fournier.

—Me temo que no puede atenderla. Pero lo haré yo en su lugar.

—¿Por qué no puede atenderme el señor Fournier?

—Es muy sencillo. Está trabajando.

—¿Aquí?

—Sí, señorita, en el taller.

—Lo siento, pero necesito hablar con él, es muy urgente...

—¿Qué pasa, René? —dijo alguien que estaba tendido debajo de un coche.

Jeanne miró hacia aquel lado, pero sólo vio unas piernas.

El hombre llamado René contestó:

—Es una señorita que pregunta por ti, Ferdinand. Dice que es

urgente.

—Sí, ya lo oí. Ahora voy.

René encogió los hombros y se dirigió hacia la parte frontal del taller, donde estaban los otros coches.

Jeanne se acercó al hombre que estaba tendido bajo el motor del auto.

—¿Señor Fournier?

—Sí. ¿Qué quiere?

—Verle la cara.

—Está muy sucia de grasa.

—Sin embargo, quiero vérsela.

El hombre se deslizó por debajo del coche y dejó ver su cara. Sí, la tenía manchada de grasa, pero, a pesar de eso, Jeanne vio que era el doble de Paul Fournier.

Ferdinand Fournier tomó un paño que estaba sobre uno de los guardabarros del auto y lo pasó por su cara, limpiándose la grasa.

Ferdinand y Paul eran exactamente iguales.

—Bueno, ya vio mi cara. ¿Qué le pasa, señorita?

Uno podría jurar que eran la misma persona a no ser por una cosa, por la yo. Existía alguna diferencia entre la de Paul y Ferdinand.

—Soy vecina de su hermano Paul, en París.

—Creo que entiendo. Usted está de viaje y Paul le dijo que pasase por aquí para darme algo.

—No, no le traigo nada.

—¿Quiere decir que sólo se llegó a mi taller para verme la cara?

—Oiga, señor Fournier, ¿no habrá otro hermano?

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Quizá hubo tres hermanos Fournier que nacieron a la vez; quiero decir con un poco de diferencia.

—¿Se encuentra bien, señorita? Todavía no me dijo su nombre.

—Soy Jeanne Reynolds.

—Se comporta de una forma extraña, señorita Reynolds.

—¿Está seguro que no me ha visto con anterioridad?

Ferdinand la miró con atención.

—No, usted es bonita...

—Gracias.

—No se me habría despintado porque, además de tener una cara

agraciada, lo demás está a tono... Sí, tiene usted un tipo estupendo... Oiga, ¿por qué no se queda?... Le pago una comida en el restaurante de Louis... ¿Qué le parece? Esta tarde a las seis pasaré por usted y nos iremos a un pueblo cercano... Conozco un sitio donde lo pasaremos divertido.

—Siento mucho tener que renunciar a su invitación, señor Fournier, pero regreso a París en seguida...

—Bueno, usted se lo pierde...

—Quizá otro día... Gracias por todo, señor Fournier.

—No hay de qué.

Jeanne fue a volverse, pero de pronto preguntó:

—¿Desde cuándo no ve a su hermano Paul?

—Estuve allí la semana pasada.

—¿Se lleva bien con él?

—Claro que sí. Paul y yo siempre hemos sido unos hermanos modelo, lo puede preguntar por ahí...

—¿Cuándo se separaron?

—Oh, de eso hace mucho tiempo. Paul tenía catorce años cuando le dio por largarse a París para seguir la carrera literaria. Yo siempre estuve seguro de que lograría grandes éxitos... ¿Sabe que sus obras son traducidas a siete idiomas?

—No, señor Fournier, lo ignoraba, pero prometo desde ahora dedicar más atención a la literatura de su hermano.

—Cuando lo vea, dele recuerdos.

—Sí, desde luego, aunque quizá pase algún tiempo antes de que él y yo nos veamos...

Fue usted muy amable, señor Fournier.

La joven se encaminó a su auto. Estaba profundamente decepcionada.

Ya había visto a los dos hermanos, a Paul y a Ferdinand, y los dos estaban vivos. ¿Cómo podía explicarse entonces que uno de ellos muriese en su casa?

Apretóse la cabeza con las manos. No debía seguir pensando en aquello o se volvería loca.

Pero ¿cómo sacarlo de su mente?... ¿Cómo olvidar al hombre que llegó a su casa la noche anterior herido, moribundo?... ¿Y de qué forma se explicaba que estuviesen los dos vivos, los dos hermanos Fournier?

Poco después corría por la carretera, de regreso a París.

De pronto una luz se hizo en su cabeza.

Sí, podía existir una explicación para todo aquello. Que ella sólo hubiese conocido a uno de los dos hermanos. ¿Por qué no? Paul había tenido tiempo de llegarse a Villeneuve y de ocupar el lugar de su hermano Ferdinand.

¿Y si fuese eso?

Había un modo de comprobarlo.

Dio la vuelta al auto y se dirigió otra vez al pueblo.

Entró en un bar y, en cuestión de unos segundos, pudo conocer el número de Paul Fournier, con el cual pidió una conferencia telefónica.

—Señorita, le pasamos su conferencia —dijo la telefonista tras una espera. A la otra parte oyó el zumbido.

Una vez, dos, tres...

Nadie descolgaba el auricular.

Se imaginó el *living* de Paul desierto, el teléfono sonando...

Seguía sonando la señal.

—Señorita —oyó la voz de la telefonista—. Al parecer, no hay nadie en la casa.

¿Quiere que retengamos su conferencia para más tarde?

—No, muchas gracias —contestó Jeanne, y colgó.

¿Era una prueba de que estaba acertada y que Paul y Ferdinand fuesen la misma persona?... Naturalmente, si eran la misma persona no podía estar al mismo tiempo en Villeneuve y en París.

No seas tan definitiva en tus conclusiones, Jeanne... Sí, es posible que estés en lo cierto, pero también podrías equivocarte. Quizá Paul ha salido a comprar tabaco, el diario... No, no es una prueba definitiva, convéncete. Has de lograr algo mucho más aceptable, y si lo dudas, preséntate al inspector Lefebre y cuéntale tu descubrimiento. ¿Sabes lo que hará, Jeanne? Reírse con tus ocurrencias. Te ordenará que dejes de jugar ya a los detectives.

Muy bien, se dijo, encontraría esa prueba definitiva.

Buscó en la guía telefónica el número de Ferdinand Fournier y lo mareó.

Cuando descolgaron, oyó los golpeteos del martillo y el zumbido del soplete sobre la chapa.

El hombre que estaba a la otra parte hablaba a gritos.

—¿Quién es?

—Oiga, quiero hablar con su jefe, el señor Fournier, soy Jeanne Reynolds. Ya me conoce. Estuve hablando con él hace un rato...

—Oh, sí, la chica de las piernas bonitas... Espere, monada...

Jeanne sonrió satisfecha de que sus piernas hubiesen merecido la aprobación de aquel mozo.

—¿Qué pasa ahora, señorita Reynolds? —Oyó la voz de Ferdinand.

—Cambié de opinión. Me quedaré en Villeneuve, al menos durante todo el día.

Ferdinand rió.

—Eso está bien, señorita Reynolds... Podremos cenar juntos y bailar un poco. ¿No es así?

—Sí, señor Fournier... ¿Qué hotel me recomienda?... Quisiera descansar un rato.

Faltan muchas horas para las seis...

—Vaya al Hotel del Holandés. ¿Desde dónde llama?

—Desde el bar Las Tres Estrellas.

—Entonces está cerca; sólo tiene que salir del bar y seguir por la calle de la derecha, luego doble por la primera a la izquierda y lo verá en seguida.

—Gracias, señor Fournier.

—Será mejor que apeemos el tratamiento, ¿no le parece, Jeanne?

—Sí, Ferdinand.

—Hasta luego.

Ferdinand colgó a la otra parte y ella lo hizo a continuación.

El Hotel del Holandés parecía tener un buen aspecto. El registro era atendido por un hombre de unos treinta y cinco años, delgado, de nariz aguileña. Le pidió una habitación con baño.

Mientras estaba llenando la hoja del registro, llegó un hombre.

—Mi llave, Armand —dijo.

—Sí, señor Brioux.

El llamado Brioux había puesto una mano sobre el registro. La tenía cubierta con un guante de cuero negro. Tomó la llave con la otra mano, con la izquierda, que no estaba enguantada.

—¿Se ha recibido algo para mí, Armand?

—Nada, señor Brioux.

—¿Ninguna llamada telefónica?

—No, señor Brieux —había un punto de temor en la voz del empleado.

—No quiero que ocurra lo de la otra vez, Armand.

—Descuide, señor Brieux, ya tomo precauciones para que no vuelva a suceder.

Brieux era alto, fornido, de cabeza redonda, cabello muy corto, gris.

Dirigió una mirada de soslayo a Jeanne y echó a andar hacia el ascensor.

El empleado dio un suspiro.

La escena entre el cliente y Armand no había pasado inadvertida para Jeanne.

—Parece que tiene malas pulgas ese cliente.

—Sí, señorita. El señor Brieux es un huésped que no está nunca conforme con nada.

—¿Qué le pasó en la mano?

—Perdió algunos dedos en un accidente.

—Comprendo —sonrió la joven—. Quizá sea eso lo que lo pone de mal humor.

—No lo crea, señorita. Hay personas que nacen malhumoradas. Unos sufren accidentes físicos en su vida y otros han de hacer frente a otra clase de desgracias, y yo he encontrado optimistas en los dos bandos. —Tiene razón, Armand.

Recibió la llave de la habitación 12.

Un botones asió el pequeño maletín de Jeanne y la acompañó hasta la segunda planta.

Jeanne entregó una propina al empleado y quedó sola en la habitación.

Estaba tomando una ducha cuando la idea brotó en su cabeza.

Recordó la mano de Brieux, aquélla en la que le faltaban dedos. ¿No tenía eso relación con la plegaria del moribundo? Aquel trozo en que decía: «... Y con tres dedos allegó el polvo de la tierra...».

Salió de la ducha y se cubrió con una toalla. No se entretuvo en secarse. Fue al dormitorio dejando tras de sí un rastro de húmedas pisadas.

Descolgó el teléfono.

—¿Armand?

—Sí, señorita.

—Quería preguntarle acerca del señor Brieux. ¿Cuántos dedos le quedan del accidente?

—Tres, señorita.

—¿Está seguro?

—Sí. Una vez entré en su habitación y le vi la mano. El se apresuró a esconderla, pero yo ya la había visto.

—¿Qué clase de accidente sufrió?

—Lo ignoro, señorita.

—¿A qué se dedica el señor Brieux?

—Negocios.

—¿Tampoco sabe qué clase de negocios?

—No, señorita. Tan sólo sé que viene aquí un par de veces al mes.

—¿Días fijos?

—No, señorita. A veces, entre una visita y otra transcurre poco tiempo y otras unas semanas.

—¿Sabe algo de la vida familiar del señor Brieux?

—Lo siento, señorita, pero lo ignoro.

—Comprendo, Armand —dijo Jeanne, y colgó.

Se quedó pensativa. Brieux tenía tres dedos.

¿Se trataría sólo de una coincidencia con respecto a las últimas palabras del moribundo? Ferdinand le había recomendado el Hotel del Holandés y Brieux se hospedaba allí. ¿Tendrían alguna relación Ferdinand y Brieux?

Sintió un escalofrío y eso le recordó que no se había secado.

Se vistió nuevamente.

¿Qué haría ahora?

Oh, sí, podía dedicarse a algo muy importante. Seguiría a Brieux si salía del hotel.

¿Cómo no lo había pensado antes?

Salió de su habitación, y una vez en la planta baja, entregó la llave a Armand.

—¿Salió el señor Brieux?

—No, señorita.

Armand era un hombre simpático y prudente, se dijo Jeanne. Le dedicó una sonrisa y se dirigió al tresillo que había en el vestíbulo. Ocupó un sillón y tomó uno de los semanarios que había allí,

dedicándose a leer.

Encendió un cigarrillo.

Entraron y salieron algunos huéspedes. Pensó que podría estar esperando toda la mañana. Tal vez el señor Brieux estaría durmiendo.

Pero se equivocó.

Llevaba allí media hora cuando lo vio bajar la escalera dominador, imperioso.

—¿Regresará esta noche, señor Brieux? —preguntó Armand, y lo hizo en voz alta, como si quisiese que ella, Jeanne, lo oyese.

—¿Desde cuándo le digo la hora de mi regreso?

—Perdone, señor Brieux.

—Sabe que no me gustan las preguntas, Armand —rezongó Brieux, dirigiéndose a la calle.

Ahora que debía emprender la persecución de aquel hombre, Jeanne sintió que el corazón le golpeaba fuertemente en el pecho. No, ella no servía para detective, pero ¿qué diablos? Brieux era un hombre demasiado misterioso.

Armand la estaba mirando.

Jeanne le hizo un saludo con la mano y salió en pos de Brieux.

Lo vio meterse en un coche «Citroën», un «tiburón».

Jeanne echó a andar muy aprisa hacia su auto.

El «tiburón» se puso en marcha.

Ella lo dejó desaparecer por la izquierda y en seguida partió tras de él.

El «tiburón» salió de Villeneuve por la carretera que conducía al norte.

La carretera era buena, con dos carriles por la derecha y otros dos por la izquierda para la dirección contraria.

El «tiburón» salió de la carretera, tras una media hora de viaje.

Jeanne pasó de largo y vio el camino que seguía el auto del señor Brieux. Era bastante estrecho.

Pero el auto, unos metros más allá, retrocedió.

Dio un respingo, soliviantada, sobre el volante al no descubrir a Brieux por el camino. Entró por él apretando el acelerador.

De repente, a la vuelta de una curva, vio el «tiburón» aparcado junto a una casa solitaria.

Hizo girar el volante muy aprisa y metió su coche entre unos

árboles.

Se quedó quieta.

Al cabo de unos instantes, puso otra vez en marcha el coche y lo sacó de entre los árboles.

Lo dirigió hacia la casa a cuyo lado estaba el «tiburón».

No vio a nadie por los alrededores. Unas gallinas picoteaban al lado de un pozo.

Ya tenía pensado lo que iba a decir. Su radiador se había quedado sin agua. Y eso podía ser verdad, ya que desde que salió de París no había repuesto el líquido.

Saltó del vehículo y caminó hacia la puerta de la casa.

La puerta estaba entreabierta.

La empujó.

Dentro reinaba la penumbra.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

No obtuvo respuesta.

Pasó dentro.

De pronto, algo se movió a su espalda.

Fue a volverse, pero un brazo la atrapó por el cuello.

Fue a gritar, aterrorizada, pero otra mano le cubrió la boca.

Era una mano que se cubría con un guante de cuero de color negro.

CAPÍTULO V

Jeanne no se podía mover.

Temió que Brieux la estrangulase.

Oyó la voz de él con la boca pegada a su oído.

—¿Por qué me ha seguido?

—No lo he seguido a usted.

—Déjese de tonterías.

—Sólo vine a dar un paseo por aquí.

Aquel brazo poderoso la dejó sin respiración.

—¿Qué pasaría si apretase un poco más, señorita? —Hizo una pausa—. Yo se lo diré. Sus vértebras se quebrarían como si fuesen de yeso.

Jeanne tuvo la impresión de que, efectivamente, sus vértebras saltarían de un momento a otro. No podía resistir la presión.

Pero Brieux aflojó su brazo.

Jeanne se tambaleó porque sus piernas se doblaron.

Puso una mano en el suelo y logró mantener el equilibrio y llevar aire a sus pulmones.

Se volvió hacia el señor Brieux. Estaba casi envuelto en la oscuridad. Su cabeza parecía la de un extraño ser, los ojos muy brillantes, los maxilares apretados...

—¿Quién la mandó seguirme?

—Nadie.

—Usted vino detrás de mí desde el Hotel del Holandés. Confiéselo.

—Está bien, señor Brieux, fui detrás.

—Eso está mejor. ¿Por qué me siguió?

—¿Conoce a Paul Fournier?

—No.

—¿Y a Ferdinand Fournier?

—Tampoco. ¿Quiénes son?

—No importa quiénes sean. ¿A qué se dedica, señor Brieux?

—Vendo lavadoras, frigoríficos y otros aparatos electrodomésticos.

—Disculpe, me equivoqué. Creí que estaba relacionado con algo que me interesa investigar.

—¿Es usted policía, señorita?

—No.

—Ya entiendo. Trabaja para una agencia de detectives.

—No, tampoco.

—Señorita, es usted una irresponsable. Al parecer, se ha puesto a seguir al primer hombre que se cruzó en su camino. ¿Por qué me relacionó con ese asunto que dice estar investigando?

—Por su mano.

Brieux levantó la mano enguantada.

—¿Le llamó la atención?

—Sí.

—Muy bien. La va a ver.

Brieux tiró del guante.

Jeanne tragó saliva mientras veía la mano donde faltaban el índice y el pulgar. Pero había otras cicatrices sobre el dorso y en la palma.

—¿Quiere saber cómo quedó así esta mano?

—Sí.

—La metí en uno de los aparatos que vendo. Fue hace mucho tiempo, cuando las maquinarias todavía no estaban perfeccionadas. Era una lavadora para un gran hotel. Estaba haciendo una demostración ante el presunto cliente, puse en marcha el aparato y, bueno, ¿para qué seguir? —Lo siento.

—No es agradable, ¿verdad? Todo el mundo hace el mismo gesto de desagrado cuando ve mi mano. Al principio pensé que eso me podría proporcionar clientes, quise explotar la caridad de las personas a las que me dirigía. Pero pronto me di cuenta de que era peor... No existe piedad en el mundo. Mi mano destrozada sólo producía una especie de aversión. La gente no me quería escuchar, quería terminar cuanto antes... Miraban a un lado y a otro, pero siempre iban sus ojos a parar a mi mano con tres dedos. Entonces la cubrí con este guante negro. Es especial. Los dedos que me faltan son de plástico. ¿Ya está tranquila?

—Sí, desde luego. Ha sido muy amable al informarme de lo relacionado con su mano. Ahora quisiera marcharme.

—Claro, puede irse cuando quiera, pero debiera tener más cuidado en sus investigaciones. Puede encontrarse con una persona menos amable que yo.

—Tiene razón, señor Brieux. Adiós.

Jeanne salió de la casa.

Se sentía empuñecida. Se había equivocado esta vez, cubierto de ridículo.

Furiosa, dio una patada contra una piedra y lanzó un chillido porque se hizo daño.

Oyó una risa a su espalda y volvió la cabeza.

El señor Brieux estaba en la puerta y había encendido un grueso cigarro.

—¿De qué se ríe? —dijo, enfadada.

—De usted. Es una chica muy cómica.

Jeanne sintió que su cara se ponía roja. Eso era lo que pensaban todos, que era una chica divertida. También Paul lo había dicho, y su hermano Ferdinand opinaba lo mismo.

Entró en el coche y le hizo dar la vuelta.

Mientras se alejaba de la casa, siguió viendo por el espejo retrovisor a Brieux.

Regresó con la velocidad del rayo a Villeneuve. La aguja del velocímetro llegó a marcar los cien.

—¿Por qué corro tanto?, se preguntó.

La respuesta era sencilla. Estaba invadida por la rabia.

Sí, estaba segura de que si el inspector Lefebre se enteraba de sus investigaciones, le ordenaría que dejase de jugar a los detectives.

Pensó que nunca podría ganarse la vida en esa profesión.

Vaya manera que había tenido de seguir a Brieux... Sólo le faltó comunicárselo por radio.

«Señor Brieux, iré tras de usted para enterarme adónde va. Es usted un hombre muy sospechoso. Su mano tiene tres dedos y eso me hace recordar lo que me dijo, antes de morir, cierto hombre que llegó a mi casa en una tarde de tormenta...».

¡Oh! ¿Qué estaba pensando? ¿Por qué no callaba ya su voz interior y la dejaba en paz? Al entrar en el hotel, Armand la recibió

con una sonrisa.

—¿Cómo resultó, señorita?

—Fue deleznable.

Subió a su habitación, encendió un cigarrillo y se tendió en la cama.

¿Qué hacía allí? ¿Por qué esperaba a Ferdinand? No era un hombre de su gusto, no le atraía desde un punto de vista personal.

De pronto, el timbre del teléfono se puso a sonar.

Descolgó.

—Señorita, le hablan desde París —dijo Armand.

—¿París?

—Sí, señorita. Le paso la comunicación.

—¿Quién llama?

—Señorita Reynolds, soy el inspector Lefebre.

—¿El inspector Lefebre? —repitió ella, sorprendida.

—¿Cómo fueron sus investigaciones?

Jeanne apretó los dientes. Tenía la impresión de que aquella pregunta significaba que el inspector estaba informado de su fracaso. Pero eso no era posible.

—Creo que entiendo, inspector. Daniel le avisó de que venía aquí.

—Sí, el muchacho estaba muy preocupado por su aventura.

—Es un traidor. Y en cuanto llegue a París, se lo diré en la cara y le pediré que no pise más mi casa.

—Vamos, señorita —rió el inspector por el cable—. Sea más benévola con su admirador. ¿Qué hay de particular en que un hombre que se siente atraído por usted se preocupe por lo que le pueda pasar?

—No me ha pasado nada.

—¿Ha hablado con Ferdinand?

—Sí.

—De modo que existe Ferdinand.

—Sí.

—¿No fue el hombre que mataron en su casa?

—Bueno, no lo sé. Podría ser que Ferdinand fuese Paul, quiero decir el hombre que usted y yo vimos en él *bungalow* 84.

—Se está dejando llevar otra vez por la fantasía.

—No me diga eso, inspector. Ya tuve bastante por hoy. —Ya

entiendo. Le falló alguna cosa.

—Sí.

—Ferdinand la despachó a cajas destempladas.

—No, todo lo contrario. Ferdinand y yo acordamos cenar juntos esta noche y también bailaremos.

—Enhorabuena. Ya veo que su viaje va a ser fructífero.

—No sea cínico, inspector. ¿Cree que vine por eso?

—Bueno. ¿Cuál fue su fracaso?

—Con los tres dedos.

—¿Tres dedos?

—¿Es que no lo recuerda?

—Oh, sí, claro.

—Usted no creyó que el moribundo me dijese aquella especie de oración.

—De modo que fue una oración.

—Sí, inspector, es a la conclusión que he llegado... Fue una plegaria. Recuerde, en uno de sus párrafos el agonizante se refirió a los tres dedos.

—«Y con tres dedos allegó el polvo de la tierra y pesó los montes con balanza y con peso los collados».

—Inspector, qué memoria tan estupenda.

—Salmo 12, capítulo 40, libro de Isaías.

—Lo encontró.

—Sí, señorita Reynolds, aunque no fui yo, sino un compañero cuyo *hobby* es el estudio de la Biblia. Tiene más de trescientas ediciones distintas y otros cuatrocientos libros que versan sobre cuestiones bíblicas... Le recité un trozo de la plegaria del moribundo y en seguida la identificó.

—¿Y qué opina ahora?

—¿Qué quiere que opine?

—¿Es que va a negar que existió un moribundo en mi casa?

—Lo puede haber inventado usted todo.

—Oh, sí, inspector. Yo tengo mucha fantasía... Imaginé que llegaba a mi casa aquel hombre herido, que caía sobre mi piel de oso, que luego me pedía agua y que antes de morir me recitaba el salmo de Isaías. Todo fue pura imaginación, nunca hubo tal hombre, tal piel de oso ni tal plegaria.

—Baje a la tierra, señorita.

—Mis pies están sobre ella.

—Tengo mis dudas, pero, de todas formas, quiero decirle algo importante.

—¿Qué cosa, inspector?

—Regrese a París inmediatamente.

—Usted no me puede dar órdenes a mí.

—Es un consejo.

—Si al menos se ocupase usted del asunto...

—Me ocuparé.

—¿Cuándo?

—En cuanto termine lo que llevo entre manos. Se cometió un crimen en Saint-Germain-des-Prés. Descubrimos al asesino, pero se dio a la fuga. ¿Lo entiende?

—Me quedará, inspector.

—Oiga, Jeanne, ¿sabe que eso le podría traer malas consecuencias?

—Tengo la impresión de que empieza a admitir que yo tenga razón. —Ni lo niego, ni lo afirmo.

—Oh, de modo que tiene aún sus dudas respecto a mi salud mental.

—Sí, señorita. Ahora más que nunca pienso que es usted una muchacha con muy poco sentido común.

—Que se divierta con su asesino, inspector —dijo Jeanne, colgando.

Encendió un cigarrillo, cruzó los brazos y se puso a pasear de un lado a otro de la estancia.

Se detuvo recordando que durante su larga conversación con el inspector Lefebre no le había contado nada con respecto a Brioux, el hombre con tres dedos en la mano derecha.

Pero ¿por qué pensaba de nuevo en Brioux? ¿No estaba claro que solo era un representante de aparatos electrodomésticos?

Sonó el timbre del teléfono.

Sería el inspector Lefebre. Tal vez querría convertir su consejo en una orden. Al fin y al cabo, ella le había colgado dejándole casi con la palabra en la boca.

—¿Se le ha olvidado algo, inspector Lefebre?

—No soy el inspector Lefebre.

No, no podía ser el policía por la sencilla razón que se trataba de

una mujer.

—¿Quién es usted? —preguntó Jeanne.

—No me conoce, señorita Reynolds.

—Pero usted sí me conoce a mí.

—Sí, señorita Reynolds. He oído hablar de usted y muy peligrosamente.

—No la comprendo.

—Usted se ha metido en un lío.

—Ya entiendo. Y usted me llama para decirme que debo volver a casa con mis papas. —No, señorita, todo lo contrario. Estoy dispuesta a ayudarla.

—¿Ayudarme en qué?

—A que prosiga el trabajo que ha emprendido.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Todo.

—Señorita, es usted muy enigmática.

—Dejaré de serlo cuando pueda hablar con usted.

—¿Y cuándo será eso?

—¿Le parece bien dentro de una hora?

Jeanne sintió la garganta reseca. ¿Y si aquello era una trampa?

—Está bien, señorita. Usted sabe dónde estoy. La esperaré aquí.

—Oh, no, de ninguna forma —repuso su interlocutora—. ¿Por qué no?

—Yo correría un grave peligro si fuese a su encuentro. Usted está vigilada.

El corazón bombeó sangre a su cabeza, produciendo un fuerte latido a sus sienes.

Bueno, ¿no debía esperar que estuviese vigilada?

—Está bien, señorita. Yo iré a su encuentro.

—Sí, es lo correcto, pero recuérdelo. Cuando salga del hotel, ha de quitarse de encima su vigilante.

—¿Sólo hay uno?

—Sí, uno nada más. Ya le he dicho que lo sé todo.

—Muy bien. ¿Adónde he de ir?

—Calle Avignon, número 24, puerta 7. La espero dentro de una hora, pero no se preocupe si se demora un poco. Lo importante es que no la sigan.

—Sí, señorita. ¿Cuál es su nombre?

—Lo sabrá cuando nos reunamos, pero traiga dinero.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. No pensará que esto lo hago gratuitamente.

—La verdad es que no tengo mucho efectivo.

—Le admitiré un cheque.

Jeanne recordó su cuenta corriente: sólo tenía el equivalente a trescientos dólares. —¿Cuánto quiere, señorita?— preguntó.

—Diez mil francos.

—Oh, no. No puedo darle tanto.

—¿Cuánto me puede dar?

—Bastante menos de lo que usted ha dicho.

—¿Cuánto?

—Mil quinientos francos.

—Oiga, cuando pida limosna me iré a un buen restaurante de París y los hombres se ocuparán de alimentarme. Ya lo hice una vez.

—Lo siento, pero realmente no tengo, ese dinero.

—Bueno, quizá un amigo suyo lo tenga.

—Pero es demasiado...

—Ocho mil francos, ni un centavo menos.

Jeanne se mordió el labio inferior.

—Está bien, le firmaré un cheque.

—Un cheque sin fondos.

—No se preocupe. Cuando vaya a cobrarlo habrá fondos.

Jeanne pensó pedir un préstamo á Daniel Meyer.

—Está bien, señorita Reynolds. La espero.

Oyó que colgaban a la otra parte y Jeanne dejó el auricular en la horquilla.

Los acontecimientos habían tomado un giro insospechado. Una desconocida la iba a informar acerca del asunto. Así pues, ella no estaba loca, jamás había fantaseado. Todo había sido absolutamente real, le había sucedido a ella.

Era hora de ir al restaurante.

Tomó posesión de una mesa junto a una ventana.

Le atendió un mozo de patillas largas.

—¿Me da su permiso? —Oyó una voz a su lado. Dio un respingo al alzar los ojos. Era Brioux.

—Sí —dijo—. Puede sentarse.

—Gracias —dijo Brieux, y ocupó la silla de enfrente.

Había algo en aquel hombre que resultaba desagradable, y no era precisamente su mano. Quizá la sonrisa hipócrita de sus labios.

—¿Cuál es su edad, señorita Reynolds?

—¿Eh?

—Bueno, ya sé que es de mala educación preguntar, la edad de las mujeres, pero a veces uno no resiste la tentación.

—Se lo diré, señor Brieux. Veintitrés.

—Una edad maravillosa. ¿Sabe lo que hacía yo a los veintitrés años? Qué tontería...

¿Cómo lo va a saber si nos hemos conocido hoy?

—¿Qué hacía, señor Brieux?

—Mataba.

—¿Cómo?

—En la guerra.

—Oh...

—Formaba parte de nuestro ejército en derrota. Los alemanes se disponían a aplastar con su tacón a nuestra amada Francia, todo el mundo corría despavorido, pero nosotros teníamos una misión que cumplir. Éramos los únicos que no podíamos correr.

—¿Qué misión era ésa?

—Pertencí a una sección de dinamiteros. ¿Sabe lo que es?

—Tengo una idea.

—Nunca estábamos a más de seis kilómetros de los alemanes. El aire que nos rodeaba olía a «boche»... Le advierto que nuestro trabajo era peligroso. En cualquier momento se podían infiltrar con sus malditos tanques y cortarnos la retirada. Ocurrió un par de veces, pero dimos cumplida cuenta de ellos. Pero lo más emocionante era verlos saltar en trozos cuando volábamos el puente que estaban cruzando. Era una escena apocalíptica, pero al mismo tiempo maravillosa.

—¿Por qué me cuenta eso, señor Brieux?

—¿La molesto?

—Me dispongo a comer, señor Brieux.

—Oh, pero ¿cómo he podido cometer una torpeza tan grande? Usted tiene un estómago delicado y eso de los muertos troceados es de mal gusto, ¿verdad?

—Me temo que no es un buen aperitivo.

—Me permite que ahora le ofrezca uno que sea de su agrado. Aquí hay un vino estupendo, y también hacen cosas en la cocina que resultan muy sabrosas. Lo Sé porque llevo viniendo algún tiempo.

Él mozo llegó con el primer plato para Jeanne, un entrecot. Brieux pidió el aperitivo y como primer plato sopa boullabaisse. Cuando el mozo se hubo alejado, Brieux preguntó:

—¿A qué se dedica, señorita Reynolds?

—Pinto.

—¿Con éxito?

—Soy una completa desconocida.

—Me gustaría mucho ver sus cuadros.

Jeanne estaba, dispuesta a no darle su dirección en París. Lo soportaría ahora poraue no tenía más remedio, pero éste sería su último encuentro.

—¿Vive en París, señorita Reynolds?

—Sí, en Saint-Germain-des-Prés, en la calle Vercors. —Jeanne ni siquiera sabía si en Saint-Germain-des-Prés había una calle Vercors; lo había dicho al azar—. Número 32, puerta 4.

Brieux la repitió para sí, moviendo los labios.

—¿Qué le parece si después de comer salimos a pasear un rato por las afueras? Hay unos cuantos lugares que le gustaría conocer.

—No, muchas gracias. Después de comer acostumbro a descansar un rato.

—¿Quizá más tarde?

—Lo siento, pero estoy comprometida. Quizá mañana.

—Muy bien, tengo paciencia. Es una de mis mejores virtudes. Esperaremos a mañana.

Jeanne apenas probó el aperitivo y en seguida despachó su plato.

No quiso pedir otra cosa porque deseaba apartarse de aquel hombre que cada vez le resultaba más desagradable.

—Permítame que la invite —dijo Brieux, cuando ella se levantó...— Es usted muy gentil, pero acostumbro a pagar mi comida.

—Esta vez hará una excepción.

—Muy bien, como usted quiera. Gracias, señor Brieux.

La joven subió a su habitación y al encontraras en ella dio un

suspiro de alivio. Por fin se había librado de aquel hombre. ¿O no se habría librado?

Consultó su reloj.

Ya era hora de que se pusiese en marcha para acudir a la cita con su anónima comunicante.

Descolgó el teléfono y en seguida oyó la voz de Armand.

—Quería preguntarle algo importante, Armand. Desearía salir del hotel pasando inadvertida. Usted me entiende...

—Desde luego, señorita. No quiere que nadie lo sepa. ¿Es eso?

—Sí, Armand.

—Creo que podré ayudarla. Sólo tiene que bajar a la primera planta y salir por el corredor del lado opuesto a la escalera. Hay una pequeña puerta. La encontrará abierta dentro de diez minutos. Déme tiempo para abrirla. ¿De acuerdo, señorita?

—Sí.

—Por ese lado llegará a un patio trasero de la casa. Crúcelo y se encontrará ante otra puerta que la conducirá a la calle.

Jeanne le dio las gracias.

Contó los minutos mientras fumaba un cigarrillo.

Al fin salió de la habitación y bajó a la primera planta.

Tal como le había dicho Armand, la pequeña puerta no estaba cerrada con llave.

Poco después cruzaba el patio y ganaba una calleja. No la habían seguido y no vio a nadie en la calle.

Sin embargo, siguió tomando precauciones, y al cabo de un rato, preguntó a un hombre por la calle Avignon.

Estaba en la parte este del pueblo.

El número 4 era una casa de cuatro pisos.

Subió por una escalera y pulsó el timbre de la puerta número 7.

—Adelante —dijo una voz de mujer que identificó como la que había escuchado a través del hilo.

Pasó al interior.

Una mujer estaba de pie junto a un sofá fumando un cigarrillo.

Se cubría con un pantalón negro y blusa verde. Su cabello era rojizo, la cara muy bonita, las mejillas hundidas y el hociquín saliente.

—Bienvenida, señorita Reynolds.

La joven miró al otro lado de la estancia.

—¿Está sola?

—Si no lo estuviese, no la habría recibido aquí.

—¿Cuál es su nombre?

—Sabine Fouchet.

—¿De qué tiene que hablarme?

Jeanne ya había firmado el cheque y lo sacó del bolso.

—Ahí tiene su dinero, ocho mil francos. Pero sólo le pagaré si su información es realmente importante.

—Claro que lo es. Le diré solamente unas palabras. ¿Sabe con lo que se ha relacionado, señorita Reynolds? Con el *gang* más poderoso de Francia.

Jeanne no se inmutó y la pelirroja enarcó las cejas.

—¿No se emociona?

—Hasta ahora, lo que me ha dicho no vale ni un franco. Quiero datos concretos.

—Claro que se los daré, señorita Reynolds, no se preocupe. Soy toda un archivo. ¿Sabe una cosa? Estoy traicionando a un hombre, al tipo que me da de comer, que me compra los vestidos. Es un puerco, ¿lo oye?... —Se echó a reír—. ¿Quiere un vaso de *whisky*?

—No, gracias.

—A mí me gusta el *whisky*. De vez en cuando atrapo una gran borrachera y eso al puerco no le gusta... ¡Sí, señorita! El es un hombre muy fino y por eso cuando bebo me sacude. También me amenaza con devolverme al sitio de donde me sacó. ¿Sabe cuál es?

—Un local en donde iba usted para que los hombres la alimentasen.

—Oh, sí, tiene buena memoria; se lo dije por teléfono.

—¿No cree que nos estamos apartando del tema principal, Sabine?

La pelirroja se dirigió a un mueble-bar y se escanció *whisky* en un vaso. Lo bebió todo de un solo trago y chasqueó la lengua.

—Me gusta el *whisky*, pero al principio lo encontraba demasiado amargo. Yo sólo estaba acostumbrada a beber limonada. Nací en una casa pobre y fui pobre hasta encontrar al ricachón que paga mis caprichos.

Jeanne dio un suspiro armándose de paciencia.

—Sabine, recuerde los ocho mil francos que va a cobrar.

—Oh, sí, le prometo no irme más por las ramas. Se lo contaré

todo del principio al fin; le diré quién es el jefe del *gang*, a qué se dedica y por qué fue a su casa aquel moribundo.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

Sabine dio un chillido y Jeanne empezó a volverse.

Pero no pudo ver nada porque en aquel momento algo duro hizo impacto en su cabeza.

Todo se volvió oscuro a su alrededor y tuvo la impresión de que caía en un pozo negro, sin fondo.

Daba vueltas y vueltas como si estuviese en un tiovivo.

Luego chocó contra una nube de algodón y fue un descanso para ella porque pensó que eso sería, la muerte.

La negra oscuridad fue taladrada por un rayo lejano que enviaba un sol muy pequeño, como un guisante.

Volvió en sí sintiendo grandes náuseas. Estaba tendida en el suelo. Tenía algo en la mano derecha. Lo miró. Era un cuchillo ensangrentado.

Buscó a Sabine. Estaba tendida cerca de ella, boca arriba. Exhibía un enorme tajo en la garganta y en el suelo había un gran charco de sangre. La habían degollado y ella, Jeanne, tenía el arma homicida entre sus dedos.

CAPÍTULO VI

Estaban claras las intenciones del asesino. Le había puesto el cuchillo en la mano para que ella fuese acusada del crimen.

Abrió su bolso. Al parecer, no lo habían registrado.

Tomó el pañuelo y limpió del mango del cuchillo sus huellas dactilares. No se podía entretener allí, seguramente habrían avisado a la policía. Tomó el cheque de ocho mil francos que vio al lado del cadáver y devolviólo a su bolso.

Consultó su reloj. Sólo habían pasado cinco o seis minutos desde que fue golpeada.

Limpió el tirador y abrió la puerta.

Abajo oyó voces.

—¿Qué dice, señor agente? —dijo una mujer—. ¿Qué le hicieron una llamada telefónica? ¿Una mujer muerta en mi casa?

Jeanne cerró la puerta.

Cruzó el *living* y tuvo que saltar por encima del cadáver de la pelirroja.

—Oh, perdón —dijo, porque todavía estaba aturdida.

Fue a la cocina. Allí había una pequeña terraza para tender la ropa.

Debía descolgarse y saltar a la terraza vecina.

Arrojó primero el bolso y luego tiró los zapatos.

Se descolgó y no quiso mirar hacia abajo.

Soltó las manos y cayó, rodando por el suelo.

Contuvo un grito porque le dolía un poco el tobillo.

Atrapó el bolso y los zapatos y echó a correr.

Encontró pronto una escalera y bajó por ella.

También tuvo suerte al no encontrar ninguna persona en su camino. Al llegar a la puerta de la calle se puso los zapatos y salió con mucha naturalidad. Luego entró en su auto y se fue alejando de aquel lugar.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar. Todo se había arruinado. Aquella mujer, la pelirroja, le iba a contar una buena historia, ahora estaba segura de que no había pretendido engañarla.

Le había pedido un precio, ocho mil francos, pero indudablemente la inversión habría sido muy beneficiosa.

Se había cometido otro crimen y ahora no podrían escamotear el cadáver. Un policía había acudido a la casa.

¿Y si llamaba al inspector Lefebre a París?

Eso sería lo mejor.

De pronto, pensó en el asesino, en el hombre que la había golpeado. ¿Quién sería?

Otra pregunta más alucinante cruzó por su cabeza.

¿La habría seguido el asesino hasta la casa, a pesar de todas sus precauciones?

Se mordió el labio inferior con fuerza porque en ese caso debía considerarse culpable de la muerte de la pelirroja.

Sí, debía llamar al inspector Lefebre. Aquel asunto había adquirido demasiada envergadura para que sólo ella pudiese resolverlo. Sabine había hablado del más poderoso *gang* de Francia, y ella no tenía ningún motivo para dudar que fuese cierto. Pero no llegaría a París desde el hotel.

Decidió buscar la compañía telefónica. Preguntó a un peatón y poco después estacionaba su auto junto a un edificio de reciente construcción.

Habló con una señorita y poco después se introducía en una cabina telefónica. La comunicación con la policía de París había sido establecida.

—Soy Jeanne Reynolds y quiero hablar con el inspector Eduard Lefebre.

—Perdone, señorita, pero el inspector Lefebre no se encuentra aquí en estos momentos. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé, señorita. El inspector Lefebre se encuentra realizando un servicio.

—Gracias.

—¿No quiere dejar ningún mensaje para él?

—No. Bastará con que le diga que lo ha llamado Jeanne

Reynolds desde Villeneuve.

—Sí, señorita.

—No lo olvide.

—He tomado nota, señorita Reynolds, no se preocupe. Aunque es posible no pueda dar el mensaje al inspector hasta mañana.

Jeanne consultó su reloj. Faltaban pocos minutos para las seis, la hora de la cita con Ferdinand.

¿Y si daba por terminadas sus investigaciones en Villeneuve y regresaba a París?

«Sí, Jeanne, tal como están las cosas, es lo mejor que puedes hacer. Esto ya no es un ameno juego. Por segunda vez ha corrido la sangre. No te relacionaste con la muerte de aquel hombre, después de todo llegó a tu casa herido de muerte, te limitaste a ser testigo de su agonía, pero lo de ahora ha cambiado mucho las cosas. Mataron a esa muchacha, a la pelirroja Sabine Fouchet, y quisieron que tú cargases con la responsabilidad».

Pero si regresaba a París todo podría perderse. Quizá el inspector Lefebre no llegase a tiempo, eso a veces ocurría. Si el *gang* se veía en peligro podía desarticularse. Sus miembros contarían con medios, para emigrar a otro sitio.

Con tal forma de pensar, daba por descontado que el cuartel general del *gang* se ubicaba en Villeneuve.

Era un embrollo tremendo. El hombre de los tres dedos, Ferdinand Fournier, que podía ser Paul Fournier, la pelirroja...

Decididamente, iría a la cita. No podía marcharse de Villeneuve sin contestar a tantas preguntas.

Se informó dónde estaba el restaurante de Louis y fue allí.

Ferdinand estaba, sentado en una mesa y salió a su encuentro.

Ahora parecía más alto, más guapo, aunque su belleza era varonil.

—Veo que le asombra mi aspecto, Jeanne.

—¿Cómo lo consiguió?

—Con agua y jabón.

—¿Nos sentamos?

—Oh, no, le dije que la llevaría a un pueblo cercano.

Jeanne sintió un estremecimiento. Si aquel hombre estaba metido en el *gang*, era muy posible que fuesen por algún camino solitario y su única intención sería matarla.

Eso le hizo pensar que Ferdinand fuese el asesino de Sabine.

—¿Dónde estuvo esta tarde?

—En mi taller, naturalmente. ¿Por qué lo pregunta?

—Creí verlo por la calle.

—No, debió ser otro. ¿Nos vamos ya?

—¿Le parece que viajemos en mi auto?

—No, tengo el mío.

«Oh, sí, claro —pensó Jeanne—. Mi auto se quedará ahí fuera. El me llevará en el suyo porque así se desembarazará de mi sin dejar ninguna pista». —Espere un momento, Ferdinand, voy al tocador.

—Dése prisa, ya tengo ganas de estar a solas con usted en ese lugar donde quiero llevarla.

—Tendré bastante con un par de minutos.

Jeanne caminó hacia el tocador.

Vio una cabina telefónica a su izquierda. Se volvió. Ferdinand estaba de espaldas, en la calle.

Se coló en la cabina y marcó el número del taller de Ferdinand.

Otra vez oyó los golpes, el ruido de los hombres trabajando la chapa.

—Oiga —dijo—. Quiero hablar con Ferdinand Fournier.

—No está, se marchó.

—Me dijo que estaría ahí. ¿Cuándo se fue?

—Muy temprano, alrededor de las tres.

—Pero ¿cómo es posible? ¿No regresó?

—No, señorita. No volverá hasta mañana.

Jeanne dio las gracias y dejó el auricular en la horquilla. Ferdinand le había engañado. Ahora eran las seis y él había salido a las tres del taller. No era cierto que hubiese estado trabajando toda la tarde. ¿Qué haría ahora? Le diría que se encontraba mal, que volvía al hotel. Era definitivo, la única solución para que ella pudiera seguir viviendo. Allí mismo, en la cabina, se retocó los labios y se arregló un poco el cabello con ayuda del espejo que llevaba en el bolso.

Al salir a la calle, Ferdinand la recibió con una son risa.

—Cometes un delito al ponerte tan guapa. Tendré que armarme de valor para defender mi presa de los demás hombres.

—Lo siento, pero no puedo acompañarte, Ferdinand.

—¿Qué pasa ahora?

—Mi cabeza. Me duele.

—Eso no tiene importancia, se te pasará.

—Sufro unas jaquecas terribles. A veces paso las noches en vela tomando pastillas, poniéndome paños en la cabeza.

—Si lo has probado todo y no te alivia, yo voy a actuar esta vez de medicina.

La tomó del brazo y le impulsó hacia el coche que había junto a la acera.

Jeanne se encontró dentro del auto, asombrada de no haberse opuesto a los deseos de Ferdinand.

Fue ahora cuando reaccionó.

—Ferdinand, podíamos dejarlo para mañana.

Ferdinand puso en marcha el motor.

—Oye, ya te he dicho que vas a probar mi método curativo y así podrás opinar mejor.

Apretó el acelerador a fondo cuando se encontraron en la carretera.

Jeanne estaba quieta, muy seria.

—¿Cómo va eso?

—Igual —la joven hizo una pausa—. ¿Cómo se llama ese pueblo?

—Les Oiseaux.

Jeanne vio un mapa en la guantera. Lo sacó y lo puso sobre sus rodillas. Encontró en seguida Villeneuve y continuó por la carretera por la que corrían. Vio varios nombres, más allá de Villeneuve, Chateau Bleu, Chalan, Les Pins... Pero no vio rastro de Les Oiseaux.

—Aquí no está ese pueblo, Ferdinand.

—Es demasiado pequeño para que esté en el mapa.

Jeanne lo miró a la cara y vio cómo le sonreía.

Oyó su voz interior:

«Conoces sus intenciones, Jeanne. Te va a invitar a cenar, pero no se trata de eso. Sólo fue una invitación a la muerte».

—¿En qué piensas, Jeanne?

—En nada concreto. En el paisaje. Es muy hermoso.

—No has visto nada todavía.

Poco después, Ferdinand sacó el auto de la carretera.

—¡Eh! ¿Adónde vamos?

—Cierra los ojos y ábrelos cuando yo te diga.

Claro, ella cerraría los ojos y él sólo tendría que darle un tajo en la garganta, lo mismo que había hecho con Sabine, o quizá cambiaría de sistema y se pondría a estrangularla.

El camino se volvió polvoriento y trazaba muchas curvas.

Jeanne miró por la ventanilla sin que descubriese una sola persona por el alrededor.

«Te has convertido en una estúpida, Jeanne. Tú misma te has metido en la trampa. Pudiste escapar porque tenías tiempo para ello, pero renunciaste a tus posibilidades desde el momento en que te metiste en el coche. ¿Por qué no te pusiste a gritar o a correr? Te encontrabas en la calle y muchas personas habrían acudido en tu ayuda... No, él nunca habría conseguido hacer este viaje contigo... Pero ahora ya es tarde, a menos que saltes del coche y huyas. Pero eso sería una tontería. El te dará alcance en seguida». Ferdinand detuvo el auto.

La joven lo miró asustada.

—¿Qué pasa?

—Que ya hemos llegado. Mira al frente.

Jeanne miró al lugar donde le indicaba y quedó asombrada al ver una enorme cascada.

El lugar era precioso. Las márgenes llenas de arbustos de un verdor maravilloso.

Las aguas caían en las rocas formando montañas de espuma.

Justo en la parte media de la cascada se formaba un arco iris.

—¿Te gusta?

—Sí, es precioso —dijo ella olvidando, sus preocupaciones.

—Anda, ven conmigo.

Recordó otra vez por qué estaba allí, lejos de París, de su *bungalow*. Las palabras de Ferdinand la habían devuelto a la realidad.

El ya había bajado del coche.

—Eh, ¿qué estás esperando?

—Prefiero quedarme.

—Sí, ya sé que te duele la cabeza, pero esto forma parte de mi tratamiento...

La joven abrió la portezuela y bajó.

Ferdinand la tomó del brazo.

—Anda, ven.

—Se ve muy bien desde aquí.

—El escenario adquiere toda su grandeza visto de cerca, desde lo alto de aquella roca.

Jeanne sintió un escalofrío. La roca a la que se refería Ferdinand parecía estar suspendida en el vacío.

—¿No crees que se derrumbará?

—Oh, no, está firmemente asentada. Una vez subimos ahí seis personas y pudo con todos.

—Bueno, quizá esté resentida desde entonces y baste el peso de un mosquito, para que caiga.

Ferdinand se echó a reír.

—Eh, creí que eras una mujer decidida.

—¿Por qué?

—Es la sensación que inspiras a los demás. Te presentaste ante mi segura, dueña de ti misma...

«Cuidado, Jeanne, te está engañando. Eso forma parte de su plan. Todos los asesinos hacen lo mismo. Halagan o se muestran simpáticos cuando pretenden conseguir sus propósitos».

Pero también se dijo que, si no aceptaba la invitación, Ferdinand la llevaría por la fuerza. Seguían solos, no se veía a nadie. A Ferdinand le sería muy fácil golpearle y dejarla sin conocimiento. Lo que debía hacer ella era echar a correr cuando la dejase libre. Sí, no tenía otra escapatoria, pero él la seguía sujetando férreamente mientras subía por entre las rocas.

—Ya nos falta poco.

—Espera un momento, quiero respirar.

Jeanne aprovechó aquella pausa para mirar la roca a que se dirigían.

Ferdinand ya la estaba empujando otra vez.

—Animo, un pequeño esfuerzo y lo habremos conseguido.

Subió con él hasta la roca.

Ferdinand se apartó de ella y caminó hacia el borde del abismo.

—¿Sientes vértigo?— preguntó vuelto hacia ella.

—Sí.

—Es una pena, podías acercarte hasta aquí... Vamos, atrévete.

«Eso está buscando él, Jeanne, que te aproximes, y luego sólo te tendrá que pegar un empujón y te lanzará abajo... Tu cuerpo quedará roto y dirá que fue un accidente. Ni siquiera lo acusarán.

Quisiste ver el paisaje desde arriba...».

—Te aseguro que desde aquí vale la pena. —Ferdinand inspiró profundamente, los ojos cerrados—. Es la auténtica naturaleza salvaje. Quedan muy pocos lugares en la tierra como éste, que no han sido tocados por la mano del hombre.

Jeanne miró el arco iris entre la espuma y, como hipnotizada, echó a andar.

El fragor de las aguas se le antojaba como una orquesta de un centenar de profesores que estuviesen interpretando un cántico a la creación.

Se encontró junto a Ferdinand y de pronto él le pasó un brazo por la cintura. Ella lanzó un grito y se apartó de él.

—¿Qué te pasa, Jeanne?

—Me ibas a tirar ahí.

—¿Cómo?

—No lo niegues. Me trajiste para matarme.

—Pero ¿qué disparate estás diciendo, Jeanne? —Fue a dar un paso hacia ella.

—¡No te acerques a mí!

—Cuidado, no retrocedas. Por ese lado el piso de la roca está un poco inclinado, puedes irte al fondo.

—Eso es lo que tú quieres.

—Debe ser tu jaqueca la que te hace decir esas cosas absurdas.

—¿Crees que no lo sé todo?

—¿Qué es lo que sabes?

—Tú estás con ellos.

—¿Con ellos?

—Ese *gang* internacional... Anda, dime ahora que no sabes de qué hablo.

—Quizá sepa algo.

—Lo sabes todo.

—No, te equivocas.

—Me seguiste esta tarde desde el hotel hasta la casa de Sabine Fouchet.

—No pude seguirte porque estuve en el taller...

—Mientes. No estabas en, el taller. Llamé por teléfono desde el restaurante de Louis mientras me esperabas en la calle. Pregunté si habías estado en el taller y me dijeron que habías salido a las tres.

—Bueno, lo había olvidado, tuve que comprar unas cosas en el almacén.

—Oh, sí, lo habías olvidado. Tú viniste a la casa de Sabine tras de mí, me dejaste sin conocimiento y la mataste.

—Te repito que no sabes lo que dices.

—Claro que lo sé. Eres un asesino. Primero te desembarazaste de ella y quisiste que ocupase tu lugar. Me dejaste en la mano el cuchillo con que la habías degollado...

—Vuelve en ti, Jeanne. Da la impresión que te has vuelto loca.

—Oh, sí, para todos me he vuelto loca, para la policía, para tu hermano, para ti...

Ferdinand se lanzó sobre ella.

Jeanne dio un grito al sentir que se hundía en el vacío.

CAPÍTULO VII

El largo alarido se fundió con el horrísono batir de las aguas contra las rocas.

Algunos pájaros que estaban en los arbustos cercanos emprendieron el vuelo.

Algo bajó de lo alto de la cascada y chocó con terrible fuerza contra una de las rocas.

El largo grito ya había cesado.

Abajo, entre las aguas, el tronco, después de haber golpeado arriba, emergió puntiagudo como la proa de una embarcación, fue atrapado por un remolino y tragado de nuevo.

Jeanne pendía en el vacío sujeta por Ferdinand que, en el último momento, la había atrapado por la muñeca.

Ella lo miró aterrorizada, sin pronunciar palabra.

—Me has dado un buen susto, chica... Vamos, arriba.

Tiró de ella.

Jeanne puso una rodilla en la roca y Ferdinand la estrechó contra sí mientras la joven emitía un sollozo.

—Vamos, cálmate... —Le dio unas palmadas en la espalda.

Ella alzó la cara.

—¿Por qué no me has dejado caer?

—Porque sólo te traje aquí para que vieses el paisaje. Bueno, y para otra cosa.

—¿El qué?

Ferdinand la besó en la boca. Lo hizo con tanta fuerza que ella no pudo desasirse.

Al fin él se apartó.

—Resulta gracioso eso de que te haya podido besar tan lejos.

Ella abrió la boca confusa y de pronto comprendió la verdad.

—Entonces, ¿yo estaba en lo cierto...? Tú eres Paul...

—Ya cometí el error.

—Eres mi vecino, el inquilino arrendatario del *bungalow* 84. —
Sí, y será mejor que salgamos de aquí o te volverás a caer.

Saltaron de la roca y ella se detuvo.

—No me digas que me engañaste, que no existe un hermano gemelo y que llevas una doble vida...

—No, existían dos hermanos...

—Entonces el muerto es Ferdinand y tú estás ocupando su lugar ahora.

—Sí.

—¿Por qué?

—Para desenmascarar a los que lo asesinaron.

—Entonces, ¿tu hermano quiso ir a tu *bungalow*?

—Sí, pero ya estaba moribundo y debió equivocarse. Por eso entró en el tuyo. —Entonces, ¿quién se llevó el cadáver de tu hermano?

—Yo.

—Cínico. Dijiste a la policía que no había habido tal muerto.

—Tuve que representar aquella escena.

—¿Cómo supiste que estaba tu hermano en mi *bungalow*?

—Lo estaba esperando, me había telefoneado aquella tarde. Yo estaba en la ventana cuando lo vi entrar en tu *bungalow*. No me di cuenta que estaba herido, creí que te conocía. Yo te había visto un par de veces, hasta pensé que pudiese tener un romance contigo... Pero él no me había explicado nada. Al fin pudo más la curiosidad. Cuando abrí la puerta lo vi tendido en aquella piel de oso, muerto. Tú estabas en alguna habitación interior.

—Te llevaste a tu hermano sin saber si yo lo había matado.

—No, no podías ser tú.

—¿Por qué?

—Aquella tarde Ferdinand me habló por teléfono, me dijo que estaba en peligro, que pertenecía a un *gang* internacional. Había surgido un asunto grave, lo perseguían, vendría a mi casa a explicármelo todo. —¿Adónde lo llevaste?

—A mi *bungalow*.

—¿Lo enterraste en el jardín?

—Lo metí en el sótano provisionalmente. Después que te marchaste, fui en busca del inspector Lefebre y le conté la historia.

La joven se asombró más.

—De modo que el inspector sabe que no estoy loca.

—Sí, lo sabe.

—Menudo caradura...

—Estuvimos de acuerdo en apartarte de este asunto. Yo sólo debía hacer el juego y ya sabes en qué iba a consistir.

—Debías suplantar a tu hermano en el taller de Villeneuve.

—Sí, yo podía sacar ventaja del parecido con mi hermano.

Jeanne se dio cuenta de una cosa. Paul estaba hablando con la voz que había concedido a Paul Fournier.

—¿Cómo has podido imitar la voz de Ferdinand?

—Siempre he tenido facilidad para esa clase de imitaciones. Puedo ser otra vez mi hermano en cuanto quiera.

—Entonces, tú no tienes nada que ver con la muerte de Sabine...

—En absoluto. Ni siquiera sé quién era. Tendrás que contármelo.

Jeanne le explicó la clase de, conversación telefónica que había sostenido con Sabine y su visita al número 24 de la calle Avignon.

—¿No pudiste ver la cara de tu agresor?

—No. Ya te lo he dicho. Iba a volverme cuando me golpeó... ¿Has logrado alguna cosa mientras has estado ocupando el lugar de tu hermano?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Me pidieron que llevase un auto a Les Pins esta noche.

—¿Qué auto?

—El que llevo ahí. Estaba en reparación desde hace tres días.

—¿Qué tiene eso de raro? Puede ser un cliente de tu hermano...

—Sí, podría ser un cliente, pero es que hay algo más, ese cliente, que se llama Jacques Vermeil me preguntó en qué lugar del auto iba la mercancía.

—¿Y qué le contestaste?

—Me pilló de improviso pero pude darle una respuesta no muy concreta.

—¿Qué le dijiste?

—Que no tenía que preocuparse, que iba en un lugar seguro.

—¿A qué mercancía se refería?

—Me costó más de una hora averiguarlo. Me puse a examinarlo hasta que encontré una reparación reciente, en la popa, por debajo. Logré desmontarla con ayuda de un soplete y allí estaba.

—¿El qué?

—Heroína. Tres kilos. Vale una fortuna.

—Es un *gang* dedicado al tráfico de drogas...

—Sí, Jeanne.

—¿Qué hiciste con la mercancía?

—La volví a colocar en su sitio y lo dejé cómo estaba con ayuda del soplete.

—Entiendo, vas a ver a Jacques Vermeil para seguir informándote de lo relacionado con el *gang*.

—Sí, es el único camino que tengo.

—¿Se lo has comunicado al inspector Lefebre?

—No, cuando le llamé no estaba.

—También le llamé y continuaba ausente. ¿Has logrado engañar a los del taller?

—Desde luego. Conozco a la mayor parte de los empleados de Ferdinand. Son compañeros míos de la niñez, y también sé cómo, se comportaba mi hermano, su forma de tratarlos. Todos los años he venido por Villeneuve. Naturalmente, ellos sabían que Ferdinand iba a París. Salió hace un par de días y, al llegar yo, fue como si Ferdinand regresase. Todo marchó bien. Ninguno se ha dado cuenta del cambio.

—Paul, hay alguien que sabe que tú no eres Ferdinand.

—Sí, ya lo sé, la persona que acuchilló a mi hermano.

—Dios mío, debe formar parte de la banda.

—No lo sabemos, aunque existen muchas posibilidades de que sea así. —Entonces, cuando esa persona te vea, sabrá que eres un falsario.

—Y yo también sabré que él es el asesino.

—Pero no te concederá oportunidad para que lo entregues a la justicia.

—Trataré por todos los medios de que reciba su merecido. Sé que mi hermano no era un santo, puesto que estaba metido en esa banda y quisiera saber por qué, puesto que tenía un negocio próspero. Me intriga que se metiese en un asunto de ese calibre... Es otra de las respuestas que deseo encontrar.

—Entonces, estás decidido a entregar el coche a ese Jacques Vermeil.

—Desde luego.

—Muy bien, iré contigo.

—¿Tú? Ni lo pienses.

—¿Por qué no? Me puedes presentar como tu novia. ¿Qué tiene de particular?

—Mucho, nena, que se podría enamorar de ti el señor Vermeil o alguno de esos fulanos y yo pasaría muy mal rato.

—Prometo no coquetear.

—Tú no necesitas coquetear con nadie para lograr que un hombre se fije en ti.

—En serio, Paul, vas a correr un gran peligro y yo creo que es innecesario. Después de todo, estás de acuerdo con el inspector Lefebre. Sólo tienes que esperar a mañana.

—No, mañana será demasiado tarde.

—¿Y si Lefebre hubiese regresado ya?

—Me dijeron que no volverá hasta mañana. Tengo que hacerlo yo solo.

—Imagino que no podré disuadirte.

—No, Jeanne, no podrás. Es una decisión que adopté antes de salir de París, llegar hasta el fin de todo esto.

—Podrían matarte.

—Di por descontado que eso podía ocurrir... Anda, Jeanne, será mejor que regresemos.

En, ¿pero no me ibas a llevar a cenar?

—Está bien, te llevaré a Les Oiseaux.

—De modo que existe ese pueblo.

—Claro que existe, aunque no estuviese en el mapa y eso te diese un gran susto.

—Paul, durante muchas horas estuve pensando que me citaste para matarme. He pasado un infierno mientras veníamos en el auto.

—Te compensaré muy pronto.

Fueron al restaurante que él había elegido en Les Oiseaux.

El local estaba situado a un lado de la carretera y era un lugar bastante concurrido por los automovilistas.

Una orquesta de tres músicos, amenizaban la cena. Casi todos los asistentes eran parejas.

Mientras bailaba con Paul, Jeanne se preguntó qué clase de sentimientos eran los suyos con respecto a él. ¿Se había enamorado...? Quizá fue eso lo que la hizo sentirse hipnotizada por

el arco iris. Había creído que él la iba a matar y, sin embargo, subió hasta la roca.

Ya había caído la noche cuando iniciaron el regreso a Villeneuve.

Ella viajaba con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Jeanne, quiero pedirte un favor —rompió el silencio Paul.

—Dime, Paul.

—Cuando lleguemos a Villeneuve montarás en tu auto y regresarás a París. —Oh, no, de ninguna forma. Me quedaré en Villeneuve.

—Sería peligroso para ti.

—También lo es para ti realizar esa misión.

—Yo soy un hombre y, por otra parte, el hermano de Ferdinand.

—Oye, Paul, esperaré en el hotel tu regreso. Has de prometerme que no te detendrás, que vendrás a mi habitación para contarme tu aventura con Jacques Vermeil. Paul titubeó unos instantes.

—No, Jeanne. Soy yo el que manda e irás a París.

—Pero ¿por qué?

—Para que yo pueda realizar mi trabajo como lo debo hacer, estaría intranquilo pensando que te pudiera ocurrir algo.

Paul frenó el coche a un lado de la carretera pasándole el brazo por los hombros.

—Eres muy importante para mí ahora.

—Tú también lo eres, Paul.

Se besaron en la boca.

—¿De acuerdo, nena?

—Sí. Me iré.

—Buena chica —dijo Paul y le golpeó suavemente con el puño en el mentón.

Llegaron a la calle donde Jeanne había dejado estacionado el auto y Paul la acompañó hasta éste.

—En cuanto termine aquí, regresaré a París —dijo él—. No perderé un solo minuto, te lo aseguro.

—Iré mañana a primera hora a ver al inspector Lefebre.

—Trato hecho. El inspector ya sabrá noticias mías.

—Buena suerte, Paul.

El metió la cabeza por el hueco de la portezuela y la besó otra vez.

No corras demasiado, Jeanne.

—Descuida.

—Eh, ¿por dónde vas? Es la dirección contraria.

—Tengo que pasar por el hotel para cancelar mi cuenta y recoger el maletín. —Oh, sí lo había olvidado. Hasta mañana, Jeanne.

—Hasta mañana.

Poco después, Jeanne llegaba al hotel.

Al entrar oyó la voz de Brioux.

—Hola, señorita Reynolds.

Lo vio adelantarse hacia ella con su hipócrita sonrisa en los labios.

—¿Qué tal le fue con el muchacho?

—¿Qué muchacho?

—Usted me dijo que estaba comprometida.

—Oh, sí.

—¿Alguna conquista local?

—Un amigo de la infancia, lo encontré casualmente.

—Lo celebro mucho... Se nota en sus ojos que lo ha pasado muy bien.

—Es cierto, no me puedo quejar.

—¿Me hará el honor de acompañarme a la cena?

—Lo siento, señor Brioux, pero no me es posible —dijo Jeanne y, sin esperar una respuesta, se apartó de él.

Armand no estaba en el registro. Ocupaba su sitio un hombre de unos cincuenta años de cabello castaño y rostro abotargado.

Jeanne le pidió la llave de su habitación. Cuando entró en ella, encendió un cigarrillo y paseó pensativa.

No, en ningún momento había pensado en regresar a París y dejar solo a Paul, pero había aceptado el consejo de él para tranquilizarlo.

Pero ¿qué hacía ahora?

No podía ir a Les Pins, a la casa de Jacques Vermeil.

Tendría que quedarse allí y seguir paseando de un lado a otro, tenderse en la cama, tomar una ducha o dar una vuelta por la ciudad y beber *whisky* en algún bar, tratando de matar las horas.

¿Y si dormía?

Se tendió en la cama, pero se dijo que estaba más despierta que

nunca.

No, no podía conciliar el sueño. Y no se había traído consigo el tubo de somníferos... ¿Y si iba a comprarlo a alguna farmacia?...

¿Qué tonterías estaba pensando? Sería absurdo dormir mientras Paul se estaba jugando la vida.

Oh, no, ella no podía quedarse allí, tenía que ayudarle, pero ¿de qué forma?

—Estaba sumida en un mar de confusiones, ésa era la realidad y debía calmarse. Los nervios excitados sólo conducían a empeorar las cosas.

De pronto, llamaron a la puerta.

Se sobresaltó. ¿Quién podía ser?... Oh, sí, el hombre de los tres dedos en la mano derecha, el señor Brieux. ¿Y si se hacía la dormida?...

No, la habitación estaba iluminada y la luz se filtraba por debajo de la puerta. Llamaron otra vez.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Armand.

—*Ah, Armand* —fue a abrir.

El empleado sonrió desde el corredor.

—¿Puedo pasar?

—Claro que sí, Armand.

Jeanne cerró la puerta.

Armand se volvió sonriendo.

—¿Cómo marchan sus cosas, señorita Reynolds?

—Bien.

—¿Y el señor Brieux?

—Lo dejé abajo. Quiso que cenase con él, pero rechacé su invitación... Armand, tengo que darle las gracias por lo que hizo por mí.

—No hice nada.

—Claro que hizo mucho. Me explicó quién era el señor Brieux, me ayudó a salir del hotel por la puerta trasera...

—Oh, no, señorita Reynolds. Fue usted quien me ayudó a mí, aunque las cosas saliesen mal.

—¿Qué dice, Armand?

—Usted me dijo dónde iba a estar y eso resultó estupendo, aunque luego hubo un par de fallos.

Jeanne empezó a retroceder. Armand, el empleado del hotel, metió la mano en el bolsillo y cuando la sacó mostraba en ella un cuchillo.

CAPÍTULO VIII

La joven vio el brillo de la hoja de acero.

—Ese cuchillo se parece mucho al que utilizaron para degollar a Sabine, Armand.

—Sí, es fácil, señorita Reynolds, Compré un juego de media docena.

—Entonces... usted mató a Sabine Fouchet.

—Sí, señorita Reynolds, fui yo.

—¿Por qué?

—Hay momentos en la vida en que uno debe tomar decisiones muy graves... ¿Cree que no me disgustó matar a Sabine?

—Una persona que mata a otra sólo puede sentir por ella odio.

—Se equivoca, yo la amaba, idolatraba a Sabine, aunque ella nunca me correspondió.

Sentía un gran desprecio por mí...

—Usted pensó que la amaba pero sólo sentía por ella aversión.

—No. Yo maté a Sabine pero en ese acto no existió ningún sentimiento personal. Me limité a cumplir una orden.

La joven agrandó los ojos.

—¿Una orden?

—Sí, señorita. Me ordenaron que matase a Sabine y yo tenía que obedecer. He sido siempre un chico muy obediente, primero a mis padres, a mis abuelos, luego a mi profesor, a mi maestro... Y ahora a las personas que me pagan...

—Es usted un miserable.

—Ya lo ve, señorita Reynolds... Comprenda que hay cosas que uno tiene que hacer... Ustedes, los que tienen dinero, no pueden entenderlo... Por ejemplo, ahora me ordenaron que hiciese las cosas bien. Debía matar a Sabine y usted tenía que cargar con el asesinato. ¿Y qué pasó...? Siempre surgen los imponderables. Eso es algo que un profesional no tiene nunca en cuenta, pero yo sí,

señorita Reynolds, yo sí.

Jeanne observaba atentamente el rostro de aquel hombre. Estaba loco. No era normal.

—¿Qué va a hacer ahora, Armand?

—Es de lo que le estaba hablando. Debió quedarse en el apartamento de Sabine. La policía la habría atrapado, pero nunca la habrían condenado a muerte... Los abogados siempre encuentran una disculpa para justificar por qué una mujer ha matado a otra. Con unos cuantos años hubiese salido bien librada, pero ¿qué pasó? Usted recuperó el sentido antes y escapó... ¿Se da cuenta? Con su fuga sólo hizo que empeorar las cosas... y el patrón se sintió molesto porque el plan no saliese como él había ideado.

—¿Quién es su patrón?

—El patrón me dijo que si yo fallaba otra vez me iba a dar un buen castigo y yo no puedo consentir que me castiguen... Ya recibí muchos palos en la vida y hace mucho tiempo que prometí que no volvería a consentir que me los diesen. Por eso estoy aquí, porque el patrón me dijo que yo debía rectificar en seguida. El me dijo: «Anda, Armand, vete adonde está la señorita Reynolds y acuchíllala».

—No puede hacer eso. Estamos en el lugar donde está empleado y yo soy un huésped del hotel.

—Una huésped muy hermosa y simpática, todo hay que decirlo.

—Gracias, Armand, es usted muy amable.

—Pero la voy a matar.

—Armand, yo le pedí una habitación con baño, no un nicho...

—Es muy graciosa, señorita Reynolds, da gusto hablar con usted.

—Pues hablemos, hijo, hablemos, ¿cuántos hermanos sois en casa?... ¿Está casado?... ¿Es muy difícil la carrera de asesino?

Jeanne estaba hecha un lío. Quería distraer a Armand, aunque no sabía si iba a conseguir algo con ello.

—Vamos, señorita Reynolds, no se ponga nerviosa.

—¿Quién está nerviosa...? Oiga, se me ocurre una idea. Vi abajo en su registro... un tablero de ajedrez. Lléguese por él y entablemos una partida.

—No.

—Se me ocurre una apuesta estupenda.

—¿Cuál?

—El que le dé jaque mate al otro, después lo degüella.

—Le ganaría a usted, señorita Reynolds. Soy un gran jugador.

—No lo creo. Usted es sólo un principiante.

—Soy campeón de Villeneuve.

—Un campeón de Villeneuve ocuparía el último lugar en el club femenino de Benton, en Nueva Inglaterra, Estados Unidos.

—¿Cree que soy un estúpido...? Sólo quiere mortificarme, herir mi amor propio para que vaya por el tablero... Naturalmente, usted escaparía.

—¿Yo escapar...? Qué tontería... Si me muero por jugar una partida de ajedrez con usted...

—Calle ya. Ha dicho demasiadas tonterías...

Jeanne hizo una mueca compungida. No estaba en su día. Aquel hombre no se compadecía de ella. Si al menos hubiese una posibilidad.

Era un esquizofrénico, un tipo perverso... Y ella había tomado afecto al gran muchacho del registro, tan simpático, tan jovial... y tan asesino...

Armand echó a andar hacia ella.

—Eh, oiga, Armand va a cometer un error... No puede matarme, va a poner perdida la habitación de sangre... Eso dirá muy poco en favor de la limpieza de su hotel. —Cada vez resulta más graciosa, señorita Reynolds.

Jeanne se detuvo, cruzó los brazos y levantó la barbilla con aire triunfal.

—No puede matarme, Armand.

Armand quedó un poco desconcertado.

—¿Por qué no?

—Esta vez no tiene nadie a quien cargarle el muerto. Perdió usted y es de buen deportista admitir la derrota... Ande, vuelva al registro y siga pensando en la forma de matarme.

—Es usted una tonta.

—Eh, Armand, ¿qué es eso de insultarme? Hasta ahora su educación fue exquisita. Me decepciona mucho al decir esas palabras.

—Por un momento me había llegado a impresionar.

—¿Es que acaso mi argumento no es válido? ¿Quién va a decir que me mató? ¿A quién va a cargar mi muerte...?

—De eso me ocuparé luego.

—De modo que todavía no lo sabe. Está bien. Lo pensaremos juntos. Se acabó el diálogo —dijo Armand y echó a andar hacia Jeanne.

La joven retrocedió sobre la pared. Comprendió que ya no podía detener más a Armand. El empleado del hotel estaba decidido a matarla.

Armand llegó ante ella, el brazo armado con el cuchillo.

La joven levantó una pierna y la puntera del zapato se hundió en el vientre de Armand, el cual lanzó un aullido.

Jeanne echó a correr hacia la puerta. La abrió de un tirón y escapó por allí.

Bajó la escalera como una centella dando un alarido. Al llegar abajo, chocó contra un hombre. Abrió los ojos y lanzó otro grito porque tenía delante a Brieux.

—¿Qué le pasa, señorita Reynolds?

Vio su sonrisa, el brillo de sus ojos. Naturalmente, aquel hombre la había atrapado porque era un cómplice de Armand.

Miró hacia arriba y vio a Armand. Los dos estaban de acuerdo. No había otra persona en el vestíbulo porque el registro estaba vacío.

Jeanne pegó un rodillazo en el vientre de Brieux, el cual se desplomó en el suelo.

Luego cruzó el pequeño salón y corrió a la calle.

Se metió en el auto y arrancó a toda velocidad.

Poco después se encontraba viajando por la carretera que conducía a Chateau Bleu, Les Oiseaux, Les Pins...

En Les Pins estaba Paul.

A ella le había ido muy mal en el hotel. Se preguntó si el resultado de la aventura de Paul también sería deprimente.

No, no podía regresar a Villeneuve. Allí la estarían esperando Armand y el señor Brieux.

Se estremeció al recordar sus caras. Eran dos asesinos, dos esquizofrénicos que la matarían sin piedad.

Al cabo de una hora vio una señal indicadora. Había llegado a Les Pins.

Entró en un bar y pidió un martini.

Cuando el mozo le sirvió el martini, dijo:

—Creo que vive aquí un amigo mío, pero no recuerdo su dirección.

—¿Cómo se llama, señorita?

—Jacques Vermeil.

—Oh, sí, vive en Les Pins. Su chalet es uno de los más hermosos del pueblo... Está en las afueras...

—¿Sabe si él estará en su chalet?

—Viene algunos fines de semana. Justamente ayer lo vi pasar con su «Alfa Romeo».

Con su coche y con su rubia platino nunca pasa desapercibido.

—¿Dónde está el chalet? ¿Me quiere indicar el camino?

—Oh, sí, no faltaba más...

El mozo le dio la información solicitada y Jeanne pagó el importe del aperitivo y agregó una propina.

Ya fuera del bar, entró otra vez en el auto y se quedó pensativa.

Recordó las palabras de Paul. Iba a cometer una tontería. No podía ir al chalet de Vermeil puesto que no tenía ninguna excusa para ello... A menos que se hiciese pasar por la novia de Paul. Pero eso le podía complicar la vida. ¿Por qué había ido a Les Pins...? ¿Por qué no corrió hacia París cuando escapó de Armand y del señor Brieux?

Se abrió la portezuela del coche y un hombre entró empujándola violentamente hacia el otro lado del asiento.

—Eh, ¿qué hace?

La portezuela trasera se abrió y entró otro hombre ocupando el asiento. La joven estaba asombrada. Nunca había visto a aquellos dos hombres.

El que ocupaba el lado del volante le sonrió enseñando los dientes.

—¿Qué tal, señorita Reynolds? —¿Me conoce?

—Usted es un personaje muy célebre entre nosotros. —¿Quiénes son ustedes?

—Los dos muchachos que la van a invitar a dar un paseo, y es el premio que merece por lo mona que es usted.

—Ya entiendo, son dos conquistadores...

—¿Cómo lo acertó?

—Si no salen ahora mismo del coche, juro que me pongo a gritar.

Algo duro entró en contacto con la espalda de Jeanne. El objeto era esgrimido por el hombre que estaba detrás, el cual se había echado adelante y susurró al oído de Jeanne.

—Nena, lo que tienes a la espalda es un pistola. Si das el grito, despédete de las cosas buenas que hayas conocido en la tierra.

—Pero ¿qué es lo quieren?... Oh, sí, ya comprendo, son dos salteadores, me quieren robar el bolso... Muy bien, yo misma se lo daré.

—Nena —dijo el tipo del volante, de cabello muy rubio—. Vas a tener el pico cerrado y a la próxima vez que lo abras mi amigo te va a hacer un poco de daño.

Puso en marcha el auto que se deslizó por la calle.

Se dirigían hacia las afueras del pueblo.

El auto entró por un portón que estaba abierto y que un hombre se encargó de cerrar en seguida.

Jeanne vio un jardín y una piscina iluminada con luces de variados colores. Una mujer con bikini se estaba bañando. Sentado en un sillón extensible había un hombre que contemplaba a la nadadora.

Al fondo había una casa.

El auto se detuvo allí.

—Baja, nena.

—Eh, ¿me quiere decir de una vez qué significa esto?

—El jefe te lo dirá. Vamos.

El rubio la tomó del brazo y la empujó hacia la piscina.

El otro tipo que había participado en el secuestro también fue detrás.

—Buenas noches, jefe —saludó el rubio.

El hombre que estaba en el sillón extensible sujetaba un vaso con la mano derecha. Era de unos cuarenta y cinco años, casi calvo, rostro inteligente. Su piel estaba muy bronceada. —¿Conoce a estos hombres, caballero?— preguntó Jeanne.

—Sí, creo que sí.

—¿Están a sus órdenes?

—Supongamos que lo están.

—Entonces usted acaba de cometer un delito.

—No me diga.

—Se llama rapto al hecho de atrapar a una persona por la

fuerza, y según la ley, es una agravante cuando la víctima es una mujer.

—No sabía que fuese abogado, señorita Reynolds. Mis informes dicen que sólo se dedica a pintar esos cuadritos modernos.

De modo que sabe quién soy yo.

Eso resulta evidente, ¿verdad?

¿Quién es usted?

¿De veras no me conoce?

—Claro que no, en mi vida lo he visto.

—Entonces me presentaré. Jacques Vermeil.

Jeanne ya había supuesto que era Vermeil, pero no podía decir nada o, de lo contrario, Jacques habría sacado conclusiones muy peligrosas.

Casi tuvo ganas de reír al pensar aquello, en un peligro mayor, cuando ya estaba en poder del *gang*.

—Señor Vermeil, no comprendo nada de esto.

—Yo se lo explicaré con mucho gusto, señorita.

Vermeil bebió un trago de su vaso.

En aquel momento se acercó la nadadora. Era un gran tipo de mujer, alta, pero bien proporcionada. Su cabello era rubio platino y eso le hizo recordar a Jeanne lo que había dicho el mozo del bar respecto a la rubia platino que el día anterior viajaba con Jacques en el «Alfa Romeo».

—Querido, ¿es la mujer que esperabas?

—Sí, Marion.

—No está mal, es mona... Pero toda mujer resulta engañosa hasta que no se pone en bikini como yo... Anda, dile que se ponga uno y nos podrás comparar.

—El bikini se lo va a poner tu tía —dijo Jeanne.

—Cuidado, nena, habla con un poco más de educación o te tiro de cabeza vestida y todo a la piscina de agua climatizada.

—Ponme la mano encima y eres tú la que vuelas, rubia de pega.

Vermeil se echó a reír.

—Muchachas, debéis tener un poco de paciencia, todavía no se inició el combate. Quiero que las dos os metáis esto en la cabeza. Yo soy el único amo y sólo pelearéis cuando a mí me dé la gana.

—Sí, querido —dijo la rubia platino, se agachó sobre Vermeil y lo besó en la comisura de la boca.

—Te falta menear el rabo, rubia —dijo Jeanne.

La rubia platino saltó bruscamente y levantó la diestra como una zarpa, pero Vermeil alzó la mano con que sujetaba el vaso.

—Cálmate, Marion.

—¿Crees que me puedo calmar oyendo a una mal educada como ésta?

Jeanne fue a replicar pero Vermeil la interrumpió con voz brusca:

—Cállese, Jeanne. Le recuerdo que iba a informarla sobre ciertos detalles cuando empezó su rivalidad con Marion.

Jeanne llevó aire a los pulmones.

—Está bien, señor Vermeil, continúe.

—Haré un poco de historia, Jeanne. Usted se vio envuelta en un asunto sin proponérselo.

Un hombre moribundo llegó a su casa. Había sido acuchillado...

Jeanne sintió una sacudida en la médula, Vermeil sabía el origen de su aventura.

—¿La impresionó, señorita?

—Muy poco —dijo ella armándose de valor.

—Usted atendió a aquel hombre, llamó al hospital, a la policía. ¿Sabe cómo se llamaba él?

—No, lo ignoro.

¿No se lo dijo él a la llegada a su *bungalow*?

Cayó muerto a mis pies.

Señorita Fournier, él vivió un rato en su casa.

—No.

—Mis informes son exactos.

—Le repito que estaba ya muerto. Le abría la puerta y él entró tambaleándose, y cayó a mi lado.

—Sería mejor que rectificase, señorita.

—No le entiendo. ¿Por qué he de rectificar?

—Necesito saber lo que Ferdinand Fournier le dijo antes de morir. Pero no quiero que conteste todavía para que se dé cuenta de la envergadura del asunto. Ferdinand Fournier nos escamoteó quince kilos de heroína. ¿Sabe lo que vale eso, señorita?

—No estoy al corriente de los precios de las drogas.

—Yo se lo diré. Quince kilos de droga equivale a muchos millones de francos... Eso fue lo que hizo Ferdinand, traicionarme...

Le envié un hombre para ajustarle las cuentas, pero Ferdinand logró escapar, aunque lo hiciese herido. Casualmente, usted lo acogió en su casa y estoy seguro de que antes de morir le dijo el lugar donde tenía escondidos los quince kilos de heroína.

Jeanne comprendió entonces la plegaria del moribundo. Naturalmente, en los versículos del salmo del Libro de Isaías estaba contenido el secreto de Fournier. Para ella no tenían sentido porque no le indicaban el lugar donde estaba la heroína, pero quizá para Vermeil sería cuestión de abrir y cerrar los ojos recuperar la droga.

—Vamos, Jeanne, ¿qué le dijo Ferdinand antes de morir?

—Nada. No me dijo nada.

—Es usted muy terca. Debe darse cuenta de que le estoy dando una oportunidad.

—No me la dio en el hotel. Ordenó a su empleado, Armand, que me matase.

—Armand sólo quería asustarla para luego hacerla cantar, aunque empiezo a creer que ese estúpido no me sirve para nada, desde el momento en que usted se le escapó... Pero deje a Armand tranquilo, ahora está delante del jefe y es mejor que sepa de una vez que yo no me ando con rodeos cuando está en juego una fortuna de unos cuantos millones.

—Lo siento, señor Vermeil, pero Ferdinand murió sin abrir los labios.

Vermeil miró su vaso.

—Es una condenada pena.

Jeanne sintió que se le hacía un vacío en el estómago. Su situación le había hecho olvidar a Paul... ¡Ellos sabían que Ferdinand era el muerto y, por tanto, que el hombre que ocupaba su lugar era un falsario...! ¡Y Paul iba a entregar el auto que había estado, supuestamente, en reparación!...

Vermeil se echó a reír, mirándola a los ojos.

—Sé lo que está pensando.

—No estoy pensando nada.

—Claro que sí, usted piensa en Paul Fournier.

—Oh, sí, es mi vecino de París... Me dijo ayer que se iba a Suiza a descansar. La muerte de su hermano le afectó mucho.

—No diga tonterías. Paul no se fue a Suiza. También se le ocurrió llegarse a Villeneuve para husmear... Naturalmente, no ha

llegado muy lejos.

—¿Qué ha hecho con él?

—¿Le preocupa la suerte de Paul?

Sí, no lo niego. Me preocupa.

Está vivo... todavía.

Quiero verle.

Claro que sí, señorita Reynolds. Justamente pensaba en eso, en que le echase un vistazo.

Jacques se levantó del sillón extensible.

—Espera aquí, Marion. Volveré dentro de un rato.

—Sí, querido.

—Vamos, muchacha.

Fueron a la casa.

En el vestíbulo había dos hombres que saludaron con respeto a Vermeil.

Subieron por una escalera y poco después entraban en una habitación.

Jeanne dio un grito al ver a Paul atado en una silla. Tenía partido el labio inferior, por el que echaba sangre, y una herida en la ceja.

Un tipo estaba a un lado manejando un trozo de tubería.

Vermeil tomó por el cabello a Paul y dio un tirón hacia arriba.

—Abre los ojos, Paul, tienes visita. Paul abrió los ojos y miró a Jeanne, pero no hizo gesto alguno de que la conociese.

—¿Sabes quién es ella, Paul? —preguntó Jacques Vermeil.

—No.

—Eres un gran muchacho. No la quieres identificar por si acaso ella se coló aquí para echarte una mano. Pero entérate, muchacho: ella no vino a mi casa por su propia voluntad.

Dos de mis chicos la secuestraron.

—Es cierto, Paul —asintió Jeanne—. El señor Vermeil lo sabe todo.

—Sí, creo que sí.

—Pero ¿cómo, te identificaron, Paul?

—Salió como nosotros habíamos pensado. Fue el asesino de Ferdinand, este hombre, mi verdugo...

Jeanne miró al hombre que manejaba el trozo de tubería. Frisaba en los cuarenta años de edad y era alto, sienes hundidas y

nariz aguileña.

—Ya sé por qué mató a tu hermano —dijo Jeanne—. Jacques Vermeil lo ordenó.

Según él, Ferdinand lo había traicionado quitándole quince kilos de heroína.

—Ya me lo dijeron, y también quisieron saber en qué lugar los escondió Ferdinand.

—Me lo van a decir ahora —dijo Jacques Vermeil.

—Ya se lo he dicho un centenar de veces, Vermeil —repuso Paul—. Mi hermano murió sin decir nada.

—Yo no lo creo.

—Es cuenta suya.

Vermeil se echó a reír.

—No sé si Gilbert le habrá contado las ganas que le tenía a su hermano... Gilbert era el amante de Sabine, yo se la había traspasado, pero Sabine se había enamorado de Ferdinand. Cuando me di cuenta de que Ferdinand nos estaba engañando, decidí que Gilbert era el mejor hombre para acabar con él. Naturalmente, dije a Gilbert que antes de matarle le sacase el escondite de los quince kilos de heroína, pero Gilbert, quizá llevado por los celos, no fue muy cuidadoso. Por eso Ferdinand logró escapar. Naturalmente, he hecho responsable a nuestro querido Gilbert de tal catástrofe y él me prometió que rectificaría... Sabine también quiso traicionarme, pero Armand se encargó de ella, y ahora el pobre Gilbert no tiene ninguna chica con la que pasar el rato —hizo una pausa—. Me he entretenido en contarles toda la historia para que se den cuenta de la situación... Gilbert, ¿te gusta la muchacha?

Gilbert miró a Jeanne.

—Sí, jefe, yo diría que es mejor que Sabine.

—Te la regalo.

Paul se removió en la silla.

—¿Qué clase de cerebro tortuoso tiene usted, Vermeil?

Gilbert levantó la tubería de plomo para golpear a su prisionero.

—¡Estése quieto! —ordenó Jeanne.

—Obedécele, Gilbert —ordenó Jacques.

Gilbert bajó la mano con la tubería de plomo.

—Bueno, ¿cuál de los dos va a hablar? —dijo Vermeil.

—No podemos decirle nada —contestó Jeanne.

—Muy bien, Gilbert, es tuya.

—Gracias, jefe —sonrió Gilbert.

Se adelantó hacia Jeanne y ésta sobre él.

Gilbert tuvo la impresión de qué era una gata la que caía sobre su pecho. Se derrumbó lanzando un aullido. La joven le había clavado las uñas en el cuello y en la cara.

Paul se debatió en la silla tratando de librarse de las ligaduras para ayudar a Jeanne.

Gilbert pegó un puñetazo en el mentón de Jeanne y ésta salió escupida por el aire hasta caer en el suelo. Perdió el conocimiento.

—Maldito —exclamó Paul—. Cuando salga de esta silla te voy a sacar los hígados.

Gilbert se pasó la mano por la mejilla y el cuello y se miró la palma manchada de sangre.

—Es una mujer estupenda, jefe. Él mejor regalo que me podía hacer. Voy a pasar muy buen rato con ella y apuesto a que ese tipo se vuelve loco.

Jacques hizo un saludo con la mano.

—Volveré dentro de una hora, Paul... Quizá Gilbert tenga razón y te hayas vuelto loco, pero nos quedará ella. Seguro que para entonces tu chica se decide a hablar.

Caminó hacia la puerta para salir de la habitación.

—Espere, Vermeil —dijo Paul.

—¿Sí? —repuso Jacques, volviendo la cabeza con las cejas enarcadas.

—Estoy dispuesto a hablar.

—¿Sobre qué?

—Naturalmente, sobre el mensaje que dio mi hermano.

Jacques se echó a reír.

—Sabía que cambiarías de opinión cuando vieses aquí a Jeanne.

Gilbert fue hacia Jeanne para cogerla en brazos.

—Vermeil, dígle que no la toque.

—La voy a dejar en la cama, señor Vermeil —dijo Gilbert.

—Déjala en el suelo. Ya lo has oído... El muchacho va a hablar.

Gilbert se incorporó y miró con ojos llenos de odio a Paul.

Vermeil se acercó otra vez a la silla en que se encontraba el prisionero.

—Escupe el mensaje de tu hermano, Paul. Pero cuidado, no me

engaños, porque eso podré comprobarlo en seguida...

—No se preocupe... Tal como están las cosas, no puedo engañarle.

—Adelante.

—Mi hermano dijo las siguientes palabras a Jeanne, antes de morir: «¿Quién midió las aguas con su puño y aderezó los cielos con su palmo?...».

—¿Cómo?

—Eso fue lo que dijo.

—¿Ya acabaste?

—Todavía falta.

—Acaba de una vez, pero cuida que tenga más sentido el final.

—«... Y con tres dedos allegó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con peso los collados...».

—¿Ya está?

—Sí, ya está.

Vermeil le golpeó con el puño derecho en la cabeza.

Paul no llegó a perder el sentido.

Escupió a la cara de Vermeil, pero no tuvo puntería.

—Estúpido, ¿por qué me has dicho eso?

—Es la verdad.

—No tiene ningún sentido para mí.

—No tengo culpa de eso. Es lo que mi hermano dijo. Se lo he repetido palabra por palabra.

—Si es así, tú descifraste esa idiotez.

—¿Cree que si la hubiese descifrado estaría aquí, Vermeil?

En aquel momento Jeanne empezó a volver en sí.

Se levantó, apretándose la cabeza con las manos.

—Oh, ¿quién me ha pegado? —Miró a Gilbert—. ¿Ha sido usted, bestia?...

—A partir de ahora, te trataré con mucho cariño. Paul se dirigió a Vermeil:

—Dígale a ese oso que deje quietas las pezuñas.

—Silencio —ordenó Vermeil—. Jeanne, Paul ha repetido el mensaje que Ferdinand le dio.

—No caeré en la trampa. Ferdinand no me dio ningún mensaje.

—Nena —dijo Paul—. Se lo dije.

—¿Qué?

—No tuve más remedio.

—Señorita Reynolds, quiero que ratifique el mensaje de Ferdinand. ¿Qué fue lo que le dijo?

Jeanne miró a Paul tratando de buscar en sus ojos una respuesta. De pronto un rayo de luz cruzó por su mente, y dijo:

—El mensaje fue éste: «Las aguas caen por la cascada donde está el arco iris».

—Eh, jefe —dijo Gilbert—. En esa frase no hay nada del tipo manco, ni de un lago como un puño...

—No, señorita Reynolds, su mensaje ha sido completamente distinto al de su amigo.

—¿Me encargo ya de ella? —sugirió Gilbert.

Paul intervino:

—Jeanne, les he dicho la auténtica verdad. ¿Quieres repetírselo palabra por palabra?...

Recuerda que no sabemos lo que quiso decir y ellos tampoco lo sabrán...

—Sí, Paul, no había pensado en ello, es cierto...

—Estoy esperando, señorita Reynolds.

Jeanne repitió palabra por palabra lo que en un principio había creído la plegaria de un moribundo.

—Sí —dijo Vermeil—. Las palabras son exactas, pero ¿cuál es el significado?...

—Para nosotros tampoco lo tiene.

—Está bien, estudiaré ese mensaje. Quizá vuelva por aquí dentro de un rato.

—Dígale a Gilbert que no toque a la muchacha —le recordó Paul.

—Gilbert —dijo Vermeil—, no le pongas la mano encima..., al menos hasta que yo sepa a qué atenerme con respecto a ese galimatías. —Sí, señor Vermeil.

Jacques salió cerrando la puerta a su espalda.

Se hizo un silencio en la estancia. Gilbert miró a Jeanne con ojos codiciosos y echó a andar hacia ella.

—¿Es que no oyó a su jefe? —dijo la muchacha.

—Vamos, pequeña..., ¿por qué hemos de esperar?

Paul rugió desde la silla:

—Gilbert, quédese ahí. No de un paso más.

Pero Gilbert siguió avanzando sobre Jeanne, los ojos brillantes como ascuas, esgrimiendo con su mano derecha el trozo de tubería de plomo.

—Ya le hice daño una vez —dijo Jeanne—. No se acerque o le sacaré los ojos.

—Inténtalo, será divertido —dijo Gilbert.

Paul hizo tanto esfuerzo por librarse de las ligaduras que cayó al suelo con silla y todo.

Se golpeó en la cabeza y quedó un poco aturdido.

Jeanne dio un grito.

Paul volvió la cabeza y la vio luchando con Gilbert en la cama.

CAPÍTULO IX

El respaldo de la silla se había quebrado.

Paul dio un tirón con los brazos y quedó libre.

Se puso en pie.

Gilbert trataba de besar a Jeanne.

Paul cayó sobre él. Lo atrapó por el hombro y lo hizo girar bruscamente. Su puño derecho entró en colisión con la cara de Gilbert.

El esbirro de Vermeil se fue contra la pared y se estrelló allí.

Un cuadro que colgaba cayó sobre la cabeza de Gilbert y luego se vino al suelo.

Paul no miraba a Gilbert, sino al cuadro que estaba en el suelo. Era una fotografía de una ermita. La conocía bien. La ermita de la Virgen del Rosario, de la época medieval, ahora abandonada, en ruinas. Estaba muy cerca de aquel pueblo, a unos veinte kilómetros.

Tuvo la impresión de que aquella ermita se iba acercando poco a poco a sus ojos.

Gilbert ya se había rehecho y se lanzó al ataque.

—Cuidado, Paul —gritó Jeanne, desde la cama.

Gilbert le había tirado el puño a la cabeza.

La dobló a un lado para burlarlo, aunque sólo lo consiguió a medias. Logró golpear en el hígado de Gilbert, el cual se vino hacia adelante. Luego, Paul lo cazó con el filo de la mano en el cuello.

Gilbert retrocedió tambaleándose, el rostro cárdeno, porque se ahogaba.

Cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el filo de un baúl.

Quedó boca arriba, los ojos abiertos, fijos en el techo.

Paul se acercó y le puso una mano en el pecho.

—Ha muerto. Se desnucó al golpearse contra el baúl —lo registró, sacándole una pistola—. ¿Estás preparada, Jeanne? Hemos de salir inmediatamente de aquí.

—Sí, Paul.

Abrieron la puerta. En el corredor no había nadie.

Caminaron hacia la escalera, uno detrás de otro.

Paul asomó la cabeza. En el vestíbulo estaban sentados los dos guardianes.

—No salgas hasta que haya quitado del medio a esos tipos, Jeanne. Espérame aquí.

—Sí, Paul.

Paul bajó en cuclillas unos peldaños de la escalera.

Se dejó ver con la pistola en la mano.

—Muchachos, no arméis ruido cuando os levantéis y pongáis los brazos en la cabeza.

Los dos hombres lo miraron con sorpresa. Ninguno de ellos tenía cara de inteligente, pero no se necesitaba inteligencia para ser un asesino. Se pusieron en pie y colocaron las manos en la cabeza, como Paul les había ordenado.

—Ya puedes bajar, Jeanne —dijo Paul.

La joven se unió a él y los dos bajaron hacia la puerta.

—¿Dónde está vuestro jefe? —inquirió Paul.

—En la piscina, con la rubia platino.

—Cara a la pared, muchachos, os voy a desarmar.

Se pusieron cara a la pared y Paul les quitó la pistola.

—Volveos —dijo Paul.

Cuando hubieron obedecido, dijo al más alto:

—Tú, pégale a tu compañero.

—¿Eh?

—Pégale fuerte en la mandíbula o le ordeno que te pegue a ti.

—No, hombre, no se lo diga —dijo el más alto—. Yo me encargo de él —y disparó el puño contra su compañero.

Fue un puñetazo con todas las de la ley.

El que lo recibió se derrumbó en el suelo, dio una vuelta de campana y quedó de bruces, inmóvil.

—¿Qué? ¿Le gustó, amigo?

—Mucho —dijo Paul, y le golpeó con el cañón entre los dos ojos.

El grandote se puso a bizquear y, al aflojarse las piernas, cayó lentamente, apoyado en la pared, hasta quedar sentado en el suelo. También se había ido al limbo.

Jeanne y Paul salieron por la puerta.

—¿Qué hacemos ahora, Paul? Ahí está el auto en que me trajeron.

—Nos llegaremos a la piscina para llevarnos a Vermeil.

Bajaron por la escalera.

De pronto, desde una ventana de la casa sonó un estampido.

La bala pasó entre Jeanne y Paul.

—¡Nos han descubierto!... ¡Al auto!

Paul, antes de entrar en el auto, se revolvió e hizo dos disparos hacia la ventana.

El hombre que estaba allí tuvo que esconderse.

Jeanne había puesto en marcha el motor.

—¡Arranca! —dijo Paul, sentándose junto a la joven.

El auto trazó un círculo y salió disparado por el camino central que conducía al portón.

El hombre de la ventana se puso a disparar otra vez y una de las balas chocó contra la carrocería.

—Eh, Paul —dijo Jeanne—. El portón está cerrado.

—Frena al llegar y yo me ocuparé de él.

—Pero hay un tipo allí y maneja un rifle.

Paul abrió la portezuela y asomó el cuerpo.

El tipo estaba tomando puntería con el rifle.

Paul disparó dos veces, sin vacilar.

El cancerbero lanzó un grito, dejó caer el rifle y se derrumbó en el suelo.

Vermeil gritaba desde la piscina:

—¡No dejéis que escapen, maldita sea!... ¡Cinco mil francos al que sé los cargue!

Del porche de la casa se pusieron a hacer fuego contra el auto.

Paul saltó y en tres segundos abrió el portón.

Jeanne tenía el motor en marcha, el pie en el acelerador, e hizo cruzar el vehículo a la otra parte.

Paul subió en marcha.

—A correr, Jeanne. El camino de la derecha.

Jeanne siguió las indicaciones de Paul.

Habían tomado una gran ventaja a sus perseguidores.

—Eh, Paul, nos estamos alejando del pueblo.

—Vamos a un lugar situado a veinte kilómetros de Les Pins, a un monte donde se levantan las ruinas de una ermita.

—¿Por qué allí?

—Ya lo sabrás cuando lleguemos.

Los faros taladraban la oscuridad de la noche.

La carretera estaba desierta.

Había empezado a llover.

Ahora un rayo rasgó el cielo en dos mitades.

Las nubes abrieron sus preñados vientres y un diluvio cayó sobre la tierra.

El limpiaparabrisas no era bastante para apartar el agua que caía y Jeanne tuvo que disminuir la velocidad.

Paul miró por el espejo retrovisor. Nadie los seguía.

—Han creído que íbamos al pueblo en busca de la policía.

—Pero Vermeil aprovechará esto para huir.

—Dentro de un rato la policía se ocupará de él. Lo cazarán sin remisión. Necesitamos una prueba para demostrar la clase de tipo que es, y quince kilos de heroína serán suficientes para eso.

—Entonces, ¿los quince kilos están en la ermita?...

—Tengo la esperanza de no haberme equivocado.

Poco después, al resplandor de un relámpago, vieron las ruinas de la ermita en lo alto de una colina.

—A la izquierda tienes el camino que conduce a las ruinas.

Era un camino de carros y el coche saltó mucho durante la ascensión.

Jeanne detuvo el auto entre las piedras que, en otro tiempo, habían formado parte de los muros de la ermita.

—Ya no puedo seguir adelante, Paul.

—Espérame aquí.

—Ni hablar. Tengo mucho miedo. No me quedaré sola.

—Te mojarás.

—Prefiero ir contigo, aunque me cueste un baño.

Los dos saltaron del coche y, cogidos de la mano, echaron a correr hacia la ermita abandonada.

Cuando se encontraron a resguardo, Jeanne dio un suspiro.

—La rubia platino quería que me pusiese en bikini, pero no me ha hecho falta para mojarme hasta los huesos.

Estaba todo muy oscuro y Paul encendió un fósforo.

—En, ahí veo una antorcha.

Arrimó la llama a la antorcha y tuvieron luz.

—Ven, sígueme.

Ante los ojos de Jeanne desfilaron trozos de pared con pinturas medievales.

—Esto es precioso, Paul... Eh, ¿qué dice ahí?

Paul acercó la antorcha a un trozo de pared en donde había un versículo.

A la luz de la antorcha, Jeanne leyó en voz alta:

—Y Salomón, hijo de David, fue afirmado en su reino: «Y Jehová, su Dios, fue con él y le engrandeció sobremanera...». Es un trozo de la Biblia, ahora comprendo... Esperas encontrar aquí escrito el mensaje de Ferdinand.

—Fue algo que se me ocurrió al azar.

Siguieron avanzando y en otro trozo de pared encontraron un nuevo versículo, pero no era el que había dicho Ferdinand.

Siguieron avanzando.

—Eh, Paul, ahí está... ¡Míralo! «¿Quién midió las aguas con su puño...?».

Efectivamente, habían llegado ante el trozo de pared semiderruida en donde estaba grabado el parágrafo 12, del capítulo XL del Libro de Isaías. Algunas palabras estaban incompletas.

—¿Y ahora qué hacemos, Paul?

Paul miró el muro. Abajo había unos bloques de piedra que parecían desencajados.

—Sostén la antorcha —dijo.

Después que Jeanne cogió la antorcha, Paul se agachó y metió las manos por las hendiduras de una piedra. Tiró de ella. Pesaba mucho.

Al fin pudo retirarla con mucho esfuerzo. El sudor le caía por la cara y por el cuello.

Se tuvo que poner de bruces para meter el brazo por el hueco.

Su mano tocó algo, como una bolsa de plástico.

Tiró de ella.

En la bolsa de plástico había una caja de cartón. Sacó ésta y le quitó la tapa. Dentro de la caja de cartón estaban los paquetes con la droga.

—Lo conseguí, Jeanne.

De pronto, debido al eco, oyeron unas voces lejanas.

—Paul, son ellos, Vermeil y sus asesinos. ¿No hay otra salida?

—Sí, pero ellos habrán visto nuestro coche y se habrán quedado vigilándolo.

Paul tomó la antorcha y la arrojó lejos de sí, cerca del lugar donde habían entrado.

Luego echaron a correr por un negro pasadizo. Sus pisadas producían un gran ruido.

—Hemos de quedarnos quietos, o sabrán por dónde huimos —dijo Paul.

A sus oídos llegó la voz de Vermeil:

—Han estado aquí, miren esa antorcha... Cuando vi la fotografía junto al cadáver de Gilbert me acordé de la ermita y de sus párrafos bíblicos. Muchas veces he traído a mis invitados a este lugar para que lo viesen...

—Pero no están, jefe. Quizá se fueron ya.

—No, estúpido. Su auto estaba ahí fuera. No han podido irse. Deben estar escondidos. Si tratan de escapar, los cuatro hombres que han quedado fuera darán cuenta de ellos... Eh, ¿qué es esa piedra? Parece que haya sido removida recientemente... Acerca la antorcha...

Junto a la pared, estúpido.

Vermeil hizo una pausa y luego exclamó, triunfalmente:

—Ahí tenéis el trozo de la Biblia que Ferdinand recitó. Está claro que la droga fue escondida por Ferdinand en ese hueco, y esos estúpidos se la han llevado. Subo a diez mil francos al que los atrape vivos o muertos.

—Descuide, jefe, cobraremos la recompensa.

—Espera un momento, Robert. Quiero hablar con ellos, estarán cerca de aquí. ¿Me oye, Paul?...

Siguió un silencio.

—Eh, Paul, Jeanne, sé que están por ahí... Están cometiendo una tontería... Sé que han conseguido la heroína... Ya les dije que valía muchos millones de francos... Podemos hacer un trato... Respondan.

Pero Jeanne y Paul no respondieron.

—Paul, Jeanne... —repitió Vermeil—. Cuento con una organización internacional. Yo sólo soy el representante en Francia. ¿Se dan cuenta?... Tengo que responder por esa heroína que me

llegó de los jefes internacionales de la sociedad... Sólo soy un miembro de ese consejo directivo. Cualquier desaparición de una tal cantidad de heroína sería considerada como una traición. No dudarían que yo he jugado sucio, que he querido beneficiarme con la venta de la droga. Soy sincero y les he explicado detalladamente lo que me puede pasar...

Yo les diré lo que les puede pasar a ustedes.

Hizo otra pausa.

—Ustedes no saldrán de aquí vivos. Deben ser realistas. Mis hombres rodean la ermita... Su coche está vigilado y el pueblo más cercano es Les Pins, que, como saben, está a veinte kilómetros... Si intentan huir morirán sin remisión.

Soltó una risita que en aquellas oquedades sonó como una carcajada.

—Pero ¿por qué ponerse tan dramáticos cuando todo se puede arreglar?... Les he mostrado sólo un lado de la moneda. Vean el otro. Les invito a formar parte de mi organización. ¿Me han oído?... Les daré una buena recompensa por haberme ayudado a encontrar la heroína... ¿Qué les parece diez mil francos para cada uno?... Es una buena recompensa, pero con eso no terminarán sus beneficios. Repito que estaré encantado de que formen parte de mi banda... Usted es audaz y decidido, señor Fournier, y con su ocupación de novelista, me puede rendir grandes dividendos. Naturalmente, también los habrá para usted...

Paul oyó un ruido de pasos. Alguien se estaba acercando por aquel pasadizo.

Ya había supuesto que, mientras Vermeil hablaba, sus hombres se dedicarían a buscarlos.

—... Jeanne —siguió hablando Vermeil—. Usted también ocupará un lugar privilegiado... Me gusta... Es bonita... ¿Y sabe una cosa? He pensado sustituirla por Marion. ¿Qué le parece?... Un buen puesto, el mejor que pueda ocupar una mujer en mi organización... Marion lleva dos años conmigo y está muy satisfecha... ¿Sabe que le regalé un abrigo de visón el pasado invierno?... Le vendrá a usted de maravilla.

Jeanne sintió deseos de contestarle que el abrigo de visón le vendría demasiado largo, porque Jeanne era bastante más alta que ella, pero en el último momento recordó que no se encontraba en

un desfile de modelos.

Paul sintió una respiración cercana.

Ellos estaban incrustados en un hueco de la pared.

Saltó hacia adelante. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, ya habían visto al hombre.

Le golpeó en la cabeza.

El tipo se vino abajo sin emitir un solo grito, pero armó mucho ruido al caer.

—¡Muchachos! —gritó Vermeil—. ¡Ya los tenéis! ¡Están en el segundo pasadizo!

Jeanne y Paul echaron a correr, otra vez cogidos de la mano.

Doblaron a la izquierda y luego a la derecha.

Jeanne tropezó y cayó al suelo. Paul tuvo que detenerse.

Brilló un fogonazo en el extremo del corredor.

La bala golpeó contra un saliente, muy cerca de la cabeza de Paul.

Paul apretó también el gatillo.

El tipo que estaba al fondo era demasiado grande y paró con su cuerpo el proyectil.

Se derrumbó lanzando un aullido.

Jeanne ya estaba en pie y los dos continuaron corriendo.

Al cabo de un rato, se detuvieron otra vez. No oían ningún ruido.

—Los hemos despistado —dijo Jeanne.

—Pero ya oíste a Vermeil: fuera hay unos cuantos.

—¿Qué haremos, Paul?

—Saldremos por el lado norte. Ellos piensan que vamos a regresar a Les Pins. Iremos hacia Barrier, un pueblo que está un poco más lejos, a unos veinticinco kilómetros. No tenemos ninguna prisa y lo importante es que logremos confundirlos. Además, por allí hay unos cuantos bosques que nos servirán de mucho.

—Sí, Paul. Creo que es una buena idea.

El pasadizo desembocaba en la antigua capilla.

Cruzaron a la otra parte, que estaba a la intemperie.

Ahora llovía con menos intensidad que antes.

Por aquel lado, los muros habían caído en su mayor parte.

De pronto oyeron una voz junto a una de las columnas:

—Quieto, Paul, estoy apuntando a la muchacha. Si te vuelves

hacia mí, disparo sobre ella, y aún tendré tiempo para liquidarte a ti.

Era Jacques Vermeil.

Jeanne dio un grito.

—Deje caer esa pistola al suelo, Paul —ordenó Vermeil.

Paul obedeció, porque no quería que Jeanne muriese.

Volvió la cabeza y descubrió a Jacques junto a la columna, sonriendo, con la pistola en la mano.

—Entrégame esa caja, Paul, pero cuidado con arrojármela a la cara o al pecho. Déjala en el suelo y apártate cinco metros.

Paul hizo lo que Vermeil le ordenaba.

Jacques se dejó ver junto a la columna. Levantó la pistola para disparar sobre Paul.

CAPÍTULO X

Paul dio un empujón a Jeanne, tirándola contra una columna, y a continuación saltó por el lado opuesto.

Vermeil disparó, pero su bala no encontró ningún cuerpo humano en su camino y chocó contra una de las centenarias piedras.

Paul se había dejado caer justo donde estaba la pistola.

Logró atraparla por el cañón, pero eso no le servía, y rodó en el suelo, yendo a guarecerse detrás de unas rocas.

Vermeil, rabioso, perdió toda precaución.

Corrió hacia el lugar donde se había escondido Paul, sin dejar de disparar.

Paul se dobló hacia un lado e hizo fuego.

Vermeil recibió el impacto en el pecho y cayó hacia atrás.

El arma se le había escapado de la mano.

Paul se puso en pie y se acercó a Jeanne, a la que tomó del brazo y ayudó a levantarse.

—¿Te has hecho daño?

—No, pero tengo un susto que me hace temblar las rótulas.

—Te diré un secreto. A mí también me tiemblan.

—Quieto todo el mundo —dijo una voz ronca.

Los dos jóvenes se volvieron.

Jeanne, los ojos asombrados, vio al lado de un arco que se sostenía de puro milagro al señor Brioux, el hombre de los tres dedos en la mano derecha, el cual esgrimía ahora una pistola con la mano sana.

—Paul —dijo Jeanne—. Después de librarnos del jefe hemos caído otra vez en manos de uno de sus sicarios.

Brioux avanzó hacia ellos, apuntándoles con la pistola.

—No dispare, señor Brioux... —exclamó Jeanne—. Tenga compasión, aunque sólo sea una vez en su vida... Deje de hacer el

asesino y conviértase de verdad en un honrado vendedor de lavadoras.

Brieux se detuvo, hizo chascar la lengua y guardó la pistola en el bolsillo.

—¿Se encuentra bien, señorita Reynolds?

—¿Qué dice?... Oh, comprendo, quiere traicionar a su jefe, hará sociedad con nosotros...

—Señorita Reynolds, siempre he sido un honrado vendedor de lavadoras.

—¿Entonces? ¿Qué significa su presencia aquí?

—Es la mar de sencillo. Hice cantar a Armand.

—¿Cómo?

—Cuando usted me golpeó con la rodilla, en el vestíbulo del hotel, me dije que algo anormal pasaba. Ya había empezado a sospechar antes, exactamente desde que la conocí a usted. Me dio la impresión de que estaba metida en un lío bastante complicado... De modo que, cuando vi a Armand, me di cuenta de que usted huía de él. Bajó la escalera supuestamente para ayudarme, pero entonces yo le atrapé la muñeca y le hice sacar la mano del bolsillo. Manejaba un cuchillo de grandes dimensiones... No me gustan los asesinos, señorita Reynolds, especialmente los carniceros —levantó su diestra enguantada—. Muchos creen que sólo me puedo servir de una mano, pero ésta me es más útil que si la tuviese completa... Le pegué unas cuantas bofetadas a Armand y fue bastante para que se pusiese a confesarlo todo... Ese chico es un anormal. Entonces avisé a la policía y nos pusimos en camino hacia el chalet de Vermeil. Al llegar allí nos encontramos con varios muertos, pero un superviviente nos contó lo que había pasado, y la dirección que habían seguido ustedes.

—¿Quiere decir que la policía está ahí fuera?

—Sí, señorita, hicieron prisioneros a los hombres de Vermeil... Y todo lo realizaron en silencio para evitar que Vermeil, en un acto de desesperación, les hiciese daño a ustedes.

—Señor Brieux... Creo que no me perdonará en toda su vida.

—Ya comprendo. Usted ha creído que yo era un malvado, un tipo al servicio de Vermeil... ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

Paul sonrió, diciendo:

—A mí también me habría ocurrido lo mismo, señor Brieux. Teníamos en la cabeza metido un mensaje en que se hablaba de tres dedos, y usted con su mano...

Jeanne contempló el cuadro. En él no había ortigas de ningún color ni campos marrones. Era el retrato de un niño con dos alitas a la espalda y un arco. Le faltaba el carcaj.

Una hora antes había mandado a su psiquiatra, el doctor Johnson, un telegrama que decía así: «Hubo eclosión. Queda invitado a la boda». Y luego había puesto su firma. Se abrid la puerta del *bungalow* y una voz dijo:

—¿Se puede?

Era el inspector Lefebre.

—Buenos días, inspector. ¿Ya resolvió su caso de asesinato?

—Sí.

—Debió ir a Australia por su criminal.

—Sólo estuve a punto de ir. Buscamos al asesino por todas partes, menos debajo de su cama.

—Eso les pasa a ustedes, los policías, por carecer de imaginación.

Lefebre apretó los dientes.

—Sí, y también demostramos carecer de ella cuando no hicimos caso a cierta muchacha respecto a un moribundo que llegó a su casa y antes de morir recitó una plegaria.

Hizo una pausa.

—Celebro que hayan podido resolver el caso sin mi ayuda. Usted y el señor Fournier deberían formar sociedad para hacernos la competencia.

—No crea que no lo hemos pensado, inspector —se volvió hacia una puerta—. ¿Lo has oído, Paul?

Paul salió del cuarto de baño envuelto con un albornoz, secándose la cabeza con una toalla.

—Inspector, ¿tardarían mucho en darnos la licencia como detectives privados?

El inspector echó a andar rápidamente hacia la puerta.

—Búsquense otro. No quiero ser cómplice del asesinato de nadie.

Salió, pero en seguida abrió de nuevo la puerta y asomó la

cabeza.

—Voy a Cannes por un caso. Espero no encontrarles allí en su luna de miel.

—Qué casualidad, inspector... —repuso Jeanne—. Justamente elegimos la Riviera... Si necesita que le echemos una mano, nos encontrará en el Hotel Internacional.

—Gracias por decírmelo. Ya conozco el hotel donde no debo hospedarme —contestó el inspector, y salió pegando un portazo.

Paul se echó a reír y caminó hacia Jeanne, que seguía contemplando su cuadro.

—¿Qué es eso? ¿Cupido?...

—¿Quién dice que es Cupido?... No seas vulgar, Paul. Este cuadro representa «los primeros sentimientos de hostilidad que, tras formar una unidad independiente, se han visto frustrados por un mecanismo psicológico».

Paul tiró de la joven y la besó en la boca. De esta forma, la redujo al silencio.

FIN

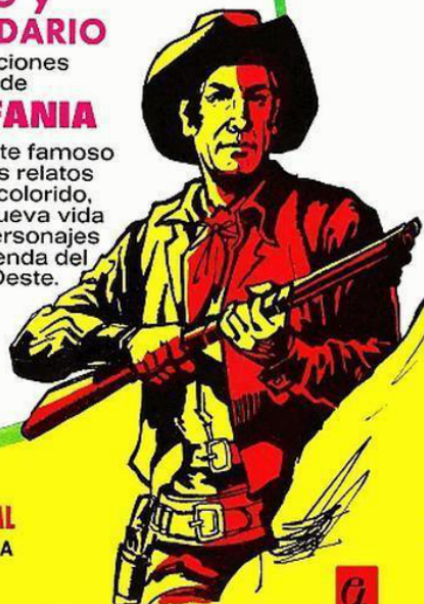
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

